

EL CORREO DE ULTRAMAR

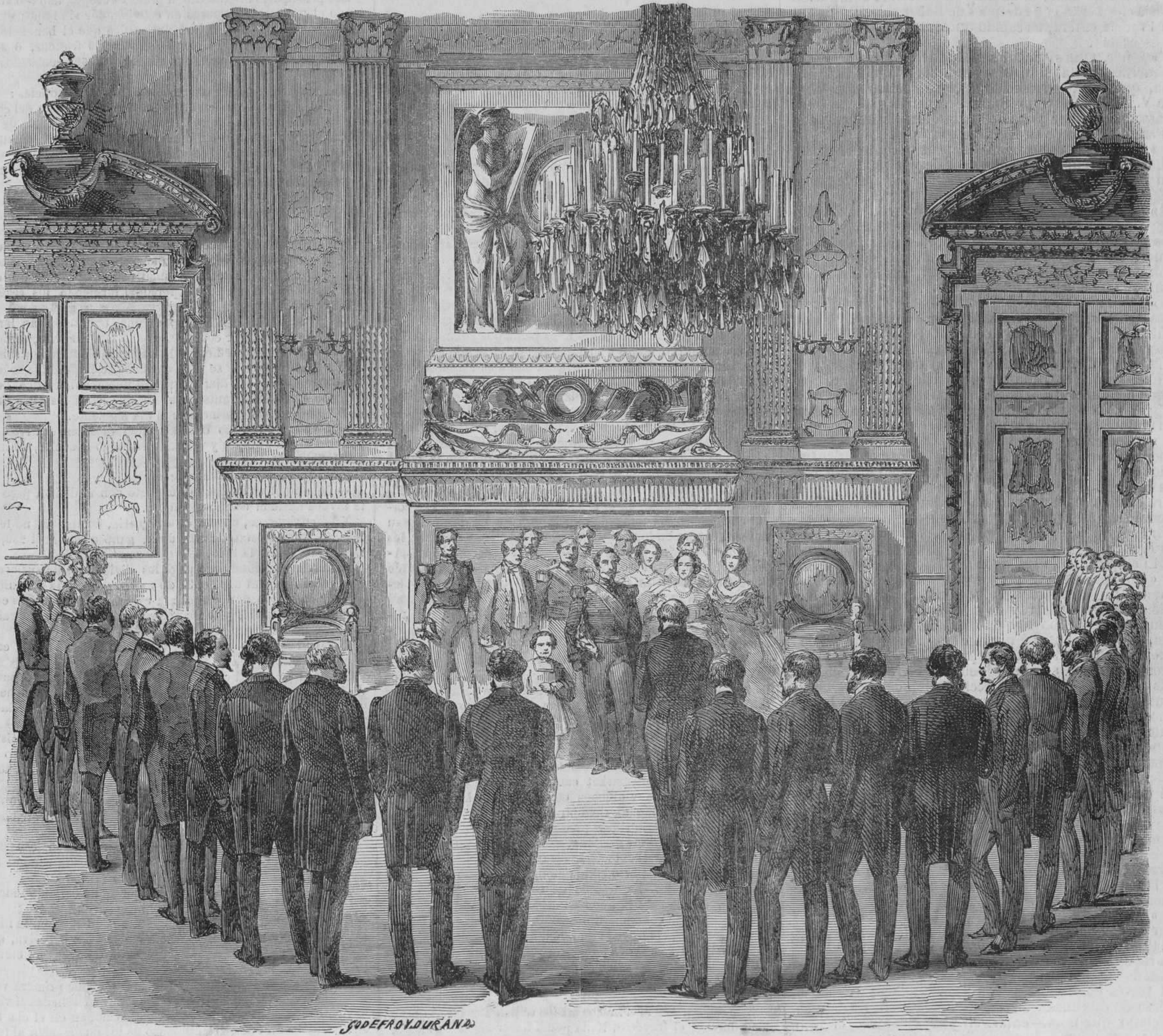
PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1860. — Tomo XV.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.
Administracion general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris

AÑO 19. — N° 381.



J. DE FROY DURAND

RECEPCION DE LA DIPUTACION SABOYANA POR S. M. EL EMPERADOR EN EL SALON DE LUIS XIV, EN TUILERIAS (21 de marzo de 1860).

SUMARIO.

Recepcion de la diputacion saboyana en Tullerías; grabado. — **Revista de Paris.** — **Discurso pronunciado por M. Drouyn de Lhuys.** — **El condado y la ciudad de Niza;** grabado. — **El principado y la ciudad de Monaco;** grabado. — **El decreto de anexion de la Toscana;** grabado. — **Disolucion de la asamblea nacional de Toscana;** grabado. — **La Dama de noche.** — **El cautehu y la gutta-percha;** grabados. — **El doctor Antonio.** — **Entrada de tropas piamontesas en Bolonia;** grabado. — **Salida de la guarnicion piamontesa de Chambery;** grabado. — **El general Ros de Olano;** grabado. — **Guerra de Africa;** grabado. — **La Virgen de las Azucenas.** — **El domingo de Ramos en Rippoldsau y las bodas en el Kirchzarter-thal;** grabados.

Recepcion de la diputacion saboyana en Tullerías el día 21 de marzo.

El *Monitor* del 21 da cuenta en estos términos de la recepcion de la diputacion saboyana que se ve representada en la primera página de este número:

«El emperador ha recibido hoy en las Tullerías á una diputacion de los consejeros provinciales de la Saboya y de consejeros municipales de las ciudades principales, encargados de presentar á S. M. las exposiciones de sus conciudadanos acerca de la anexion.

» S. M. la emperatriz asistia á esta recepcion, así como S. A. el príncipe imperial.

» Sus Majestades estaban rodeadas de los oficiales y damas de servicio.

» El presidente de la diputacion, conde Greyffé de Bellecombe, ha leído á S. M. el mensaje siguiente:

« Señor: Al acercarnos á V. M., un sentimiento nos domina ante todo: el de nuestra profunda admiracion hácia el soberano que despues de haber sido elegido por la Francia entera, ha sabido aumentar aun su gloria y prosperidad.

» Señor, tantos vínculos naturales, tantos gloriosos recuerdos, tantas simpatías unen la Saboya á la Francia, que se ha estremecido de gozo cuando la palabra de V. M. hizo esperar á nuestra patria que iba á ser llamada á formar parte de la gran familia francesa con el asentimiento de su legitimo soberano.

» Una sola preocupacion ha podido contener hasta ahora el impulso, y es el temor de ver desmembrarse en favor de la Suiza una nacionalidad compacta por el afecto y por tantos vínculos de todo género.

» Los consejeros provinciales que representan á la Saboya nos han encargado, señor, vengamos á poner á los piés de V. M. la encarecida súplica de que aleje de nuestra patria semejante desgracia, y los consejeros municipales de las ciudades principales han querido unir sus diputaciones á la nuestra.

» Señor: V. M. apreciará la reserva impuesta á cuerpos constituidos y á hombres que siempre han sido súbditos fieles de su rey, como lo serán de V. M. Pero despues de los actos del gobierno del rey, nos será permitido sin duda dirigir á V. M. la expresion de los sentimientos que experimentamos hácia la Francia, cerca de la cual encontrará la Saboya no solamente grandeza y gloria, sino tambien simpatía y la garantía de todos sus intereses morales y materiales.

» Desde las orillas del lago Lemán hasta los valles del monte Cenis, los que han sido honrados por los sufragios de sus conciudadanos se han apresurado á venir cerca de V. M. para expresarle el júbilo que la Saboya sentirá cuando se halle toda reunida á la Francia y que podrá siempre, con esta grande y noble nacion, no tener mas que un grito, el de: ¡Viva el emperador! ¡Viva la Francia!»

El emperador ha respondido:

« Señores: Os doy las gracias por los sentimientos que acabais de expresarme, y os recibo con placer. Habiendo accedido el rey de Cerdeña al principio de la reunion de la Saboya y del condado de Niza á la Francia, puedo sin faltar á ningun deber internacional demostraros mi simpatía y aceptar la expresion de vuestros votos. Son tan excepcionales las circunstancias en las cuales se produce esta rectificacion de las fronteras, que al propio tiempo que responden á intereses legitimos, no atacan ningun principio, y por consiguiente tampoco establecen precedente alguno peligroso.

» En efecto, la Saboya y Niza no serán reunidas á la Francia ni por medio de la conquista ni de la insurreccion, sino por el libre consentimiento del soberano legitimo apoyado en la adhesion popular. Así es que cuantos en Europa no ceden á un espíritu de antagonismo de otra época, miran como natural y equitativa esta anexion de territorio. La acogida hecha á las comunicaciones dirigidas por mi gobierno á las potencias representadas en el congreso de Viena autoriza respecto á la mayor parte de ellas la justa esperanza de un examen favorable.

» Mi amistad hácia la Suiza me habia hecho considerar como posible destacar en favor de la Confederacion algunas porciones del territorio de la Saboya; pero ante la repulsion que se ha manifestado entre vosotros á la idea de ver desmembrar un país que ha sabido crearse al través de los siglos una individualidad gloriosa y darse de este modo una historia nacional, es natural declarar que no violentaré en provecho ajeno el voto de las poblaciones. Respecto á los intereses políticos y comerciales que ligan á la Suiza y ciertas partes de la

Saboya, creo será fácil satisfacerlos por medio de arreglos particulares.

» Espero pues, señores, poder pronto consideraros como miembros de la gran familia francesa. Tendré á honor realizar todas vuestras esperanzas, y la anexion de un país unido por tantos vínculos á la Francia llegará á ser para él una nueva causa de prosperidad y progreso.

» Al regresar en medio de vuestros conciudadanos, decididme cuán conmovido he quedado con la manifestacion de que habeis sido honorables órganos. Hay entre vosotros tantos descendientes de aquellas familias que han contribuido á la ilustracion de la Francia, en la carrera de las ciencias como en la de las armas, que todo concurre á explicar y justificar la obra de union que se prepara.»

El presidente se dirigió en seguida en estos términos á S. M. la emperatriz y á S. A. el príncipe imperial:

« Señora: ¿Permitirá V. M. á los que pronto serán sus nuevos súbditos expresarle, en este día tan grande para ellos, todos los sentimientos de que se hallan penetrados?»

» La Saboya es amante, señora; ama á sus príncipes. ¿Cómo no os amaría con vehemencia á vos que estais coronada con tantas gracias y virtudes?»

» La Saboya espera que vos la amareis tambien, y que la dareis una preciosa prueba de ello yendo pronto á mostrarnos á ella.

» Y vos, monseñor, que estais destinado á continuar tantas grandezas, nuestros hijos os serán adictos como lo somos nosotros al emperador, vuestro glorioso padre. Apenas regresemos á nuestras montañas, repetiremos con ellos este grito que llena ya nuestros corazones: ¡Viva la emperatriz! ¡Viva el príncipe imperial!»

La diputacion ha entregado despues al emperador varias exposiciones autorizadas por numerosas firmas.

Revista de Paris.

Las fiestas del gran mundo van á concluir por esta temporada. Sin embargo, como ya queda poco tiempo es preciso aprovecharlo. El martes próximo se dará un gran baile de trajes en el magnífico palacio de la duquesa de Alba, en los Campos Eliseos, y según se asegura, este baile será uno de los mas brillantes de este invierno. Parece ser que S. M. la emperatriz Eugenia es la que organiza esta fiesta. Las reuniones musicales en Tullerías han recobrado todo su esplendor artístico despues de semana santa. Las dirige nada menos que la emperatriz Eugenia, secundada por M. Juliani que organiza los coros. Inútil será decir que los cantantes son todos de alta alcurnia. Entre las cantatrices se cuentan la princesa Chkrzinska, la condesa de Grandval y madama Conneau; entre los tenores están el conde de Prado, M. Olimpio Aguado y M. de Menard.

El conde de Prado posee en su repertorio una serie de preciosas canciones andaluzas originales, como todos los cánticos de esa procedencia. Son como unos pequeños poemas líricos que el cantante modifica á su gusto según el sentimiento que quiere manifestar. Durante la semana santa se cantaron en la capilla de Tullerías el *Stabat de Rossini* y el *Miserere*.

Las funciones del Teatro Italiano se han animado considerablemente desde la llegada de Tamberlick, el tenor á la moda. Tamberlick ha cantado cuatro óperas: *Otelo*, *el Trovador*, *Rigoletto* y *Poliuto* con un éxito extraordinario. Las facultades de este tenor portentoso parecen aumentarse cada año. Cuando hay situaciones violentas, cuando es preciso que la pasion se manifieste con explosiones, Tamberlick no tiene rival; lo domina todo, causando en el espectador una sensacion extraordinaria. En la sensibilidad y en la dulzura es diferente; su voz mal segura en los puntos medios, no puede alcanzar los mismos resultados. Pero ¿qué necesita Tamberlick representarnos al voluptuoso duque de Mantua del *Rigoletto*, cuando tiene á su disposicion tantos otros tipos que convienen perfectamente á su carácter? El público de Paris no se cansará nunca de admirarle en *Otelo*, en *el Trovador* y en *Poliuto*; ateniéndose nada mas que á estas óperas, tiene triunfos seguros durante muchos años.

La temporada de los Italianos está para concluir, y ya varios artistas de la compañía han marchado á Londres. En el de Covent-Garden cantarán este año la célebre Nantier Didié, la Tagliofico, Leva, Rapazzini, Sylvia, Miolan Carvalho, Peneó y Czillag. La Grissi cantará solo doce noches. Los hombres de esta compañía son: Mário, Luchesi, Neri-Baraldi, Gardoni, Tamberlick, Ronconi, Rossi, Zolger, Graziani, Faure y seis mas. El cuerpo de baile es brillante.

En el teatro de Haymarket cantarán la Maria Bruneti, Alboni, Cabel, Tiliens y algunas otras, y los señores Belard, Mengini, Corsi, Giuglini, Ciampi, Aldighieri y cinco mas.

El público de Paris sigue preocupándose con el robo de que ha sido víctima M. Fontana. En la semana última han traído á Paris procedente de Lyon á un individuo preso en esta ciudad como autor ó cómplice del robo. Este sugeto llamado William A... ha tratado de escaparse en el camino. William, de edad de 37 años y nacido en Escocia, venia por el ferrocarril en el compartimiento de un wagon con el gendarme Tomás, de la brigada de Lyon, encargado de guardarle y conducirlo á Paris para ponerle á disposicion del procurador imperial cerca del tribunal de primera instancia del Sena. El wagon formaba parte de un tren que se dirigia á Paris á toda velocidad.

William, que traia los brazos atados se habia mostrado muy dócil durante el trayecto. Nada podia hacer suponer, dice el periódico de tribunales que da estas noticias, que meditaba un proyecto de evasion, cuando al llegar á Charenton, en el

momento en que se paraba el convoy, el preso saltó de repente por la portezuela del lado opuesto al de la bajada de los viajeros y cayó sobre la via.

Su movimiento fué tan rápido que el gendarme no pudo contener á William, y para no dejarle escapar debió saltar á la vez sobre la via donde cayó igualmente y recibió en la pierna algunas contusiones.

William se habia levantado inmediatamente y habia echado á correr en una direccion opuesta, tratando de buscar un paso para salir del embarcadero.

El gendarme Tomás tambien habia podido saltar con presteza y se echó á perseguirle; ya estaba para alcanzarle cuando un obstáculo le obligó á dar un rodeo, y durante este tiempo el fugitivo pudo adelantarse unos trescientos metros.

Viendo que se escapaba, el agente de la fuerza pública comenzó á dar gritos á fin de que le detuvieran. En aquel momento asomó un empleado por la direccion que seguia William, y este desviándose fué á esconderse detrás de una pared donde le cogió el gendarme que le llevó al embarcadero.

Despues de haber hecho vana esta tentativa, el gendarme reclamó la ayuda de un guardia municipal, quien se apresuró á darle socorro para conducir al preso al depósito de la prefectura de policia de Paris.

En la tarde del jueves el sobrino del señor Fontana fué llamado al gabinete del juez de instruccion, y se hallaba en el corredor cuando William era llevado tambien por los agentes.

Al verle, el jóven que ignoraba su llegada exclamó designándole:

— Ese es uno de los que nos han robado el cofrecillo de diamantes.

Y se añade que habiendo sido confrontado con William, declaró positivamente que le reconocia.

No tendremos mas pormenores sobre este asunto hasta que se halle instruida la causa formada contra William.

Ha regresado á Paris esta semana un jugador famoso que ha tenido ocupada la atencion pública durante algunos dias con las peripecias de sus golpes magistrales en Homburgo. Este jugador es español y se llama Garcia.

Los principales órganos de la prensa europea han ido señalando al público las proezas de este jugador sin igual; el *Figaro*, al anunciar su llegada á Paris, dice que el beneficio total del señor Garcia se eleva á 1.300.000 francos, ó sean 850.000 ganados en este último viaje, y 450.000 realizados en un viaje anterior que hizo hará dos meses.

A continuacion da el mismo periódico estas noticias:

«Si el señor Garcia quedó definitivamente dueño del campo de batalla, no fué sino despues de una larga serie de alternativas interesantes en alto grado. La banca se defendió con valor y energía. Así se vió al jugador perder en un solo día 620.000 francos, y ganar «en una sola falla» la suma enorme de 800.000 francos.

En esta talla gigantesca Garcia jugó cinco golpes de 60.000 francos, y los ganó todos. Se preguntará cómo pudo poner 60.000 francos á un tiempo, puesto que el maximum de cada golpe es de 12.000 francos para cada jugador; pero nada es mas sencillo. Cuatro personas colocadas á su lado y que obedecian á sus inspiraciones, ponian cada una 12.000 francos, que reunidos con su puesta personal formaban los sesenta mil francos.

El pago de estas cantidades era una operacion tan larga, que en lugar de hacer cuarenta y ocho tallas diarias, como se hacen por término medio, no hacian mas de treinta y seis.

El señor Garcia que se muestra siempre impasible ganando ó perdiendo, llegaba diariamente al juego á las once de la mañana, y no se levantaba de su silla hasta las once de la noche para volver á principiar al día siguiente.

Esta vida ha llevado durante cinco dias consecutivos, jugando todos los golpes y variando su juego desde 12.000 francos hasta 60.000.

Un inglés decia hablando de él:

— Este hombre ha hecho un pacto con el diablo, pero no le invoca hasta el último momento.

Y efectivamente, un día de desgracia, cuando ya no tenia mas de 4.000 francos delante de sí, ganó á la banca 250.000 francos en una sola talla.

La banca de Homburgo paga los dividendos de sus accionistas dos veces al año, el 31 de marzo y el 30 de setiembre.

El 30 de marzo por la noche la caja de los dividendos estaba totalmente vacía, y los banqueros de Francfort compraban los cupones de dividendos al precio de un florin.

Como el señor Garcia perdió 816.000 francos el 31, cada accion dió un dividendo de 7 florines.

Del 1º al 4 de abril Garcia ganó 850.000 francos. La banca de Homburgo estuvo cerrada en los tres últimos dias de la semana santa, y Garcia volvió á Paris y tuvo la prudencia de colocar su dinero en renta de España.

Antes de salir de Homburgo el afortunado jugador distribuyó 20.000 francos entre jugadores desgraciados, pero interesantes; parece ser que á «los profesores» no les tocó nada.

Un inglés que se obstinó en jugar constantemente contra Garcia, pagó su temeridad y su obstinacion con trescientos mil francos.

En resumen, la banca solo ha contribuido con 632.000 francos á las ganancias del señor Garcia; lo restante salió de los bolsillos de los jugadores.»

Terminaremos con una anécdota que se ha contado mucho esta semana entre la gente de bastidores.

Hay en Paris un cómico (no citaremos ni su nombre ni el teatro donde está ajustado) de una fealdad tan excesiva, que podria correr parejas con la del difunto Grassot, de eterna memoria para los parisienses.

No hace mucho que ha salido á las tablas por primera vez, y ya tiene mucha fama entre las personas aficionadas al vaudeville del género grotesco, que confiesan en el día los autores franceses con gran aplauso de los que acuden al teatro solo para reirse.

Entre los personajes rusos de distincion que han venido á

pasar este invierno en París, se cuenta un conde que tiene absolutamente el mismo semblante, el mismo aire, la misma estatura del cómico en cuestión; parece que la naturaleza se ha empeñado en crear en estos dos hombres dos tipos idénticos.

No tardó en saber el conde esta circunstancia singular; acudió una noche al teatro, y pudo convencerse inmediatamente de que no le había engañado el oficioso amigo que tuvo á bien advertirle.

Su amor propio estaba ajado en lo vivo, pues es de notar que el personaje ruso tiene entre varias pretensiones la de agradar por las seducciones de su persona.

Así fué que tuvo la flaqueza de afectarse profundamente por esta semejanza con un actor cuyo físico excitaba la hilaridad del público con solo presentarse en la escena.

Pocos días después de este descubrimiento el ruso vino á saber una noticia fatal; el cómico estaba á punto de ajustarse para el teatro de San Petersburgo.

Si en París podía importarle poco que su figura, sus modales y su aire excitaran la risa general, en la corte de Rusia era otra cosa. Allí el conde era muy conocido; el teatro francés está frecuentado por lo mas selecto de la sociedad de San Petersburgo, y el conde llegaría á ser la burla de todos.

No habia mas remedio que transigir, y con efecto el actor rancés recibió la visita de un emisario que le habló en esos términos:

— ¿Es verdad que va Vd. á contratarse para San Petersburgo?

— Sí, señor, respondió el cómico.

— ¿El ajuste será brillante sin duda?

— Brillantísimo; en pocos años haré una fortuna.

— ¿Y si le propusieran á Vd. una cosa mejor, la aceptaría?

— Es probable; explíquese Vd.

— Yo vengo á proponerle á Vd. que renuncie á ese ajuste mediante una renta vitalicia.

La cifra era muy regular; el cómico pidió explicaciones y tiempo para reflexionar, y al fin, enterado del asunto, accedió á recibir una pensión que conservará mientras viva, con tal de no trabajar nunca en San Petersburgo.

MARIANO URRABIETA.

Discurso pronunciado por M. Drouyn de Lhuys.

(Conclusion.)

Temo, señores, abusar de vuestra indulgencia prolongando esta lectura; pero permitidme que antes de terminarla llame vuestra atención sobre dos hechos bastante curiosos.

Cuando los españoles entraron en Méjico encontraron un aprisco anejo al palacio de Motezuma. Las cartas de Fernán Cortés, los escritos de Bernardino de Sahagún en el siglo XVI y la historia general de las Indias de Antonio Herrera nos dan datos preciosos sobre este extraño establecimiento. «Motezuma, dice el último de estos escritores, tenía cerca de su palacio un hermoso edificio con varias cuerdas y grandes pórticos de forma cuadrada y sostenidos por ricas columnas de jaspe de una sola pieza. Otras galerías mas hermosas y ricas aun terminaban en un gran jardín donde habia al menos diez estanques, unos llenos de agua salada para las aves de mar, y otros de agua dulce para las aves de río y de laguna. Era tal el esmero con que Motezuma quería que se cuidase á estas aves para conservar la belleza de su plumaje, que se daba á cada especie los alimentos que estaba acostumbrada al gozar de libertad... Tenia para este servicio mas de trescientos individuos: unos limpiaban los estanques, presentaban á las aves su alimento ó cuidaban de su aseo, otros examinaban los huevos y suprimían los que eran claros, y otros les quitaban durante la estación calurosa las plumas mas delicadas para hacer ricas capas, alfombras, mantas, abanicos y diversos objetos de la mas preciosa labor... Se veía en otro edificio una multitud de aves carniceras que se criaban para la caza, como milanés, gabilanes, buitres, halcones de nueve ó diez especies y una gran variedad de águilas, de las cuales habia unas cincuenta mayores que las mas fuertes de Castilla. Motezuma, añade el ingenio historiador, visitaba con mas frecuencia este edificio que el otro, porque el aspecto de estas aves era mas digno de un monarca, y se complacía en hacer preguntas á las que las cuidaban para recoger interesantes nociones sobre el arte de la ceterería...»

En las salas bajas se veían un gran número de jaulas formadas por fuertes maderos donde tenia encerrados leones, tigres, osos, leopardos, lobos y toda clase de cuadrúpedos, para poder decir, según nuestro autor, que el gran Motezuma era tan poderoso que tenia cautivos y sumisos en su palacio los animales mas feroces.

Tenia tambien (cosa en verdad prodigiosa!) en otro edificio grandes cubas llenas de agua ó tierra donde alimentaba gruesas culebras, enormes víboras, cocodrilos que llaman caimanes ó lagartos de agua, y una multitud de otros reptiles tan venenosos y formidables que su aspecto tan solo helaba de espanto á los que no estaban acostumbrados á verlos.»

En este edificio se veían tambien una colección de monstruos humanos y un jardín botánico.

Si hemos de dar crédito á los relatos contemporáneos, este inmenso establecimiento no es el primero ni el único que haya existido en el nuevo mundo. Se encuentran tambien allí almacenes de curiosidades natura-

les que tenían bastante analogía con nuestros museos. Ciertas ciudades debían pagar anualmente un tributo compuesto de animales vivos ó de pieles preciosas. El arte de la taxidermia se practicaba con buen éxito, y durante la expedición de 1524, Cortés tuvo una triste ocasión de descubrir este arte de los mejicanos, pues reconoció conservados de este modo los cadáveres de varios de sus compañeros que no se habían vuelto á ver en el campamento.

¿Cuál era, señores, el estado de las ciencias naturales en nuestra vieja Europa en la época en que América nos presentaba bajo este punto monumentos de una civilización tan adelantada? Forzoso es confesar que si hallamos algo que se le parezca, no es en la realidad, sino en la ilusión científica de algun genio privilegiado. Bacon traza un verdadero programa de botánica y de zoología experimental á uno de los personajes de su *Nova Atlantis* (utopía filosófica en la que expone el plan de un colegio donde hombres especiales debían componer obras de utilidad general, y cuya realización meditaba como lo demuestra su testamento). Le dejó hablar para que os dé algunos fragmentos de su programa.

«Poseemos tambien, dice, vergeles, jardines vastos y espaciosos, donde hacemos ensayos de injertos, y obtenemos con medios artificiales frutos y flores precoces ó mas tardios que en la naturaleza... Hacemos adquirir á los árboles y á las plantas mayor elevación y á los frutos mayor magnitud y mejor sabor. Preparamos varias de estas plantas y de estos frutos para los usos de la medicina;... tenemos tambien métodos para hacer nacer y crecer plantas con la mezcla tan solo de diversas tierras y sin ninguna semilla; producimos plantas nuevas y desconocidas, las hacemos pasar de una especie á otra, y tenemos tambien parques y cercados para los animales y las aves de todas especies... Estos animales nos sirven para experimentos de anatomía, de cirugía y de medicina... Por medio de nuestro arte hacemos que sean mas altos y corpulentos que en la naturaleza, ó bien los disminuimos; ora aumentamos su fecundidad, ora los hacemos estériles, y los modificamos tambien en cuanto al color, la forma y el carácter... Obtenemos con cruzamientos y fecundaciones entre animales de especies diferentes razas nuevas que no son estériles como lo supone la opinión comun. Hacemos nacer de los cuerpos en putrefacción toda clase de serpientes, gusanos, moscas y pescados, muchos de los cuales creciendo llegan á ser especies perfectas y aptas para reproducirse. No procedemos sin embargo á ciegas en estos ensayos, pues sabemos muy bien de qué manera puede hacerse nacer tal ó cual animal...»

«Tenemos estanques particulares donde hacemos con los peces ensayos análogos, y tenemos igualmente sitios adecuados para la multiplicación de especies de gusanos y de moscas que os son desconocidas y que pueden ser tan útiles como los gusanos de seda y las abejas.»

¿No admirais la sagacidad de aquel gran filósofo que distingue con mirada tan penetrante los lejanos horizontes de la ciencia, y que proponia ya problemas cuya solución nos ocupa aun en el día? No hace mucho, en efecto, que el Instituto oía la lectura de un trabajo de nuestro presidente sobre la fecundidad de los híbridas, y esta misma corporación ha fundado un premio para la mejor Memoria sobre las generaciones espontáneas.

Así pues, señores, la naturaleza, hace tantos siglos interrogada, no dice nunca todos sus secretos, y según la hermosa reflexión de M. de Humboldt, el pesar que sentia Alejandro no puede aplicarse á los progresos de la inteligencia. La ambición del ingenio humano siempre encontrará vasto campo en los límites del mundo, y á pesar de los numerosos descubrimientos de nuestros antecesores, no faltará el espacio á los conquistadores pacíficos.»

El condado y la ciudad de Niza.

TRATADO DE REUNION DE LA SABOYA Y NIZA A LA FRANCIA.

En varios números de nuestra colección, y principalmente en el número 181, hemos dado á nuestros lectores descripciones tan detalladas de la ciudad y de las cercanías de Niza, que seria casi superfluo insistir hoy en el mismo asunto, si las circunstancias actuales no vinieran á dar interés á una corta noticia sobre ese país.

Niza, capital de división y de provincia de los Estados sardos, se halla situada en el Mediterráneo á la embocadura del Pallon á la falda de un anfiteatro de colinas. El puerto de esta ciudad contaba, según una estadística reciente, 343 buques. La población debe sobre todo su prosperidad á la dulzura de su clima; una colonia de extranjeros favorece en ella todas las industrias que pueden aumentar el bienestar de la clase pudiente. Entre los monumentos públicos apenas se pueden citar mas que la catedral y el palacio del gobernador; pero en cambio hay muchas casas particulares que se distinguen por su elegancia.

El condado de Niza propiamente dicho, pertenecía desde el siglo XIII á la casa de Saboya. Carlos Quinto se apoderó de Niza, y en las prolongadas guerras que las armas francesas sostuvieron en Italia, la ciudad hubo de sufrir vicisitudes continuas. Fué sitiada en 1543 por Francisco I, tomada en 1691 por Catinat, en 1760 por Berwick, y en 1792 por el ejército republicano. Desde esa época hasta 1814 fué capital del departamento de

los Alpes marítimos. Devuelto á la Cerdeña, el condado de Niza acaba de ser cedido á la Francia por el rey Victor Manuel en virtud del siguiente tratado:

«En nombre de la Santísima é indivisible Trinidad: S. M. el emperador de los franceses, habiendo expuesto las consideraciones que por efecto de los cambios sobrevenidos en las relaciones territoriales entre la Francia y la Cerdeña, le hacian apetecer la reunion de la Saboya y del distrito de Niza á la Francia, y S. M. el rey de Cerdeña, habiéndose mostrado dispuesto á asentir á ello, ambos soberanos han decidido celebrar un tratado al efecto y nombrado por plenipotenciarios suyos, á saber:

Su Majestad el emperador de los franceses al señor baron de Talleyrand-Perigord, etc., etc., y á M. Vicente Benedetti, etc., etc.

Y S. M. el rey de Cerdeña á S. E. el conde Camilo Benso de Cavour, etc., y á S. E. el caballero Carlos Luis Farini, etc.

Los cuales, después de haber cangeado sus plenos poderes y halládoslos en buena y debida forma, han convenido los artículos siguientes:

Artículo 1º S. M. el rey de Cerdeña consiente en la reunion de la Saboya y del distrito de Niza á la Francia, y renuncia, por sí y por todos sus descendientes y sucesores en favor de S. M. el emperador de los franceses, á sus derechos y títulos sobre dichos territorios.

Queda entendido entre SS. MM. que esta reunion se efectuará sin coacción alguna de la voluntad de las poblaciones, y que los gobiernos del emperador de los franceses y del rey de Cerdeña se pondrán de acuerdo lo mas pronto posible sobre los mejores medios de apreciar y comprobar las manifestaciones de esa voluntad.

Art. 2º Se entiende igualmente que S. M. el rey de Cerdeña no puede transferir las porciones neutralizadas de la Saboya sino bajo las mismas condiciones con que él las posee, y que corresponderá á S. M. el emperador de los franceses ponerse de acuerdo en este punto, así con las potencias representadas en el congreso de Viena, como con la Confederación helvética, y darles las garantías que resulten de las estipulaciones recordadas en el presente artículo.

Art. 3º Una comisión mixta determinará, en un espíritu de equidad, las fronteras de los estados, tomando en cuenta la configuración de las montañas y la necesidad de la defensa.

Art. 4º Una ó mas comisiones mixtas serán encargadas de examinar y resolver, en un breve plazo, las diversas cuestiones incidentales á que dé lugar la reunion, tales como la fijación de la parte contributiva de la Saboya y del distrito de Niza en la deuda pública de la Cerdeña, y la ejecución de las obligaciones resultantes de los contratos hechos con el gobierno sardo, el cual se reserva, no obstante, terminar él mismo las obras emprendidas para la perforación del túnel de los Alpes (monte Cenis).

Art. 5º El gobierno francés tendrá en cuenta á los funcionarios del orden civil y militar pertenecientes por su naturaleza á la provincia de Saboya y al territorio de Niza, y que pasarán á ser súbditos franceses, para los derechos adquiridos por sus servicios al gobierno sardo; gozarán señaladamente del beneficio que resulta de la inamovilidad para la magistratura y de las garantías aseguradas al ejército.

Art. 6º Los súbditos sardos oriundos de la Saboya y del territorio de Niza, ó domiciliados actualmente en estas provincias, que quieran conservar la nacionalidad sarda, gozarán por un año, á contar desde el cambio de las ratificaciones y mediante declaración previa hecha á la autoridad competente, de la facultad de mudar su domicilio á Italia y establecerse allí, en cuyo caso conservarán la cualidad de ciudadanos sardos.

Podrán conservar sus bienes inmuebles situados en los territorios reunidos á la Francia.

Art. 7º El presente tratado será para la Cerdeña ejecutorio tan pronto como obtenga la necesaria sanción legislativa del parlamento.

Art. 8º El presente tratado será ratificado, y las ratificaciones se cambiarán en Turin en el término de diez días, ó antes si fuere posible.

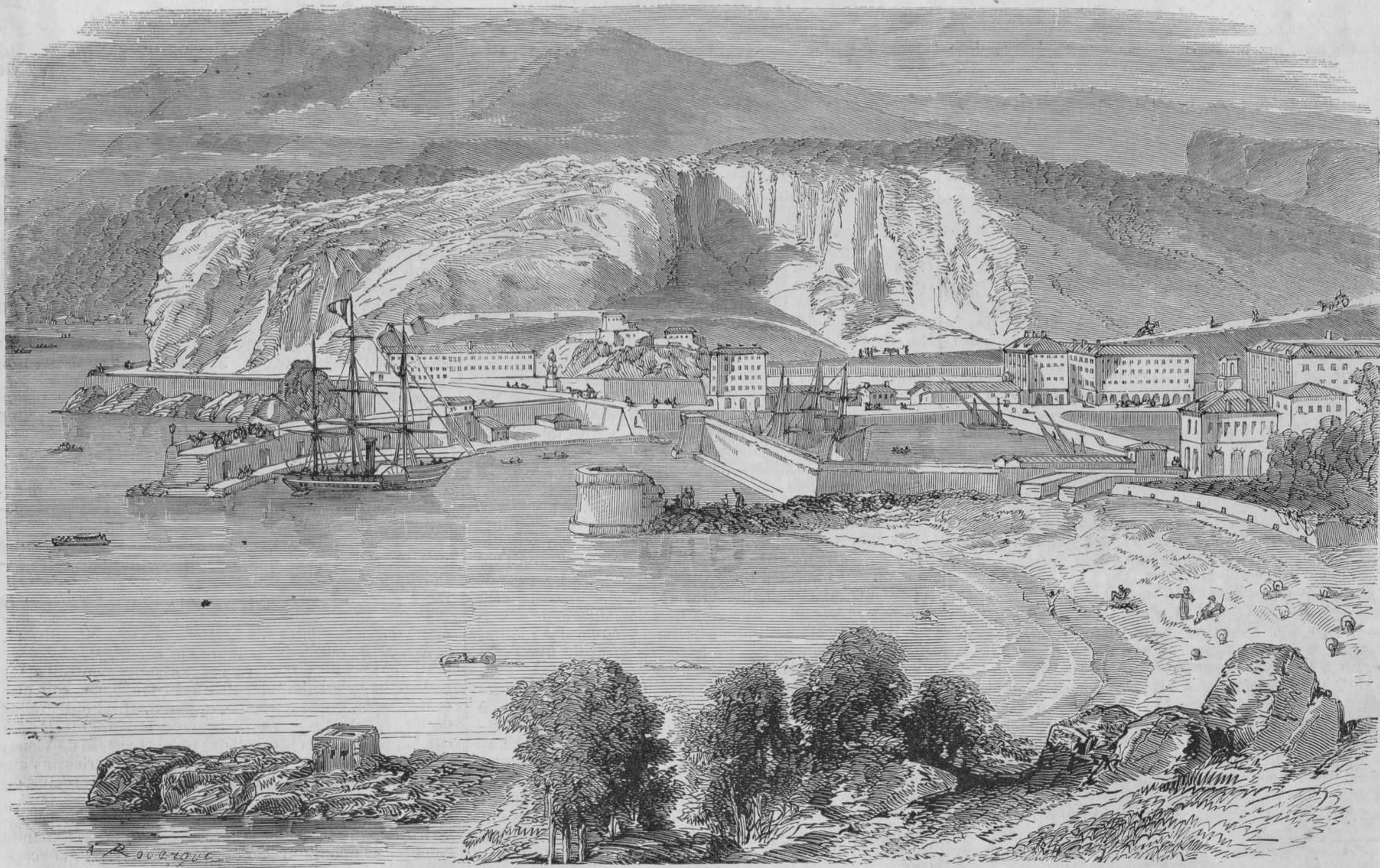
En fe de lo cual los plenipotenciarios respectivos le han firmado y sellado con el de sus armas.

Fecho por duplicado en Turin á 24 de marzo del año de gracia de 1860. — TALLEYRAND. — BENEDETTI. — CAVOUR. — FARINI. »

El principado y la ciudad de Monaco.

La noticia que ha corrido en París esta semana de una cesión de la ciudad de Monaco á la Francia, ha llamado la atención pública sobre el principado de Monaco, que ordinariamente desempeña un papel mas modesto en la política europea. No tenemos que ocuparnos aquí del hecho en cuestión, ó mejor dicho de la noticia que ha sacado á relucir á ese Estado en miniatura; pero si diremos dos palabras para satisfacer la curiosidad de nuestros lectores, advirtiendo á los que desearan datos mas extensos, que los podrán hallar en los artículos que sobre este principado publicamos en nuestros números 353 y 354.

Monaco, capital del principado, se encuentra edificada sobre una roca al borde del Mediterráneo á 12 kilómetros E. N. E. de Niza. La ciudad no tiene de notable mas que su pintoresca situación. La superficie del principado es de 130 kilómetros cuadrados, que contienen una población de unas 8,000 almas. Los principales centros es Monaco con Mentone y Rocabrana. La fami-



EL PUERTO Y LA CIUDAD DE NIZA.

lia genovesa Grimaldi estuvo en posesion del pais, y á la extincion de la rama reinante, los derechos soberanos recayeron en los duques de Valentinois á quienes pertenecen todavia. En 1641 el principado estuvo bajo la proteccion de la Francia, y por los tratados de 1815 pasó bajo la proteccion de la Cerdeña. Pero en 1848 el rey Carlos Alberto se agregó las ciudades de Rocabruna y de Mentone, á pesar de la protesta del principe Florestan, y las hizo administrar como parte de los Estados sardos. Recordaremos al terminar, que bajo la antigua monarchia, los principes de Monaco fueron siempre miembros de la cámara de los pares de Francia.
C. M.

El decreto de anexion de la Toscana.

Hermosa é imponente fué la manifestacion á que dió lugar en Turin la llegada del baron Bettino Ricasoli,

presidente del gobierno toscano. Todos los recursos de la decoracion publica se emplearon para dar á la recepcion del representante de la Toscana un aire de fiesta patriótica. Bástenos decir que todos los establecimientos públicos y casas de comercio se habian cerrado.

El jefe del gobierno toscano llegó el 22 de marzo á Turin. Las señales de ardiente simpatía que habia recibido por todas partes durante su viaje, le habian preparado de antemano al entusiasmo de los habitantes de Turin. El baron Ricasoli se enterneció con la acogida que le hacian. Apenas entró en el hotel Trombetta, donde le habia seguido una crecida muchedumbre de ciudadanos, el honorable presidente se asomó al balcon y dirigió á la muchedumbre un discurso que rebotaba los mas nobles sentimientos.

A las cuatro fué recibido en audiencia pública por el rey. Hecha la entrega del resultado de los sufragios de la Toscana, S. M. firmó, en presencia de los grandes dignatarios del Estado, el acta que declara la anexion de la Toscana á la corona. Esta solemne declaracion fué

acogida en el exterior con aplausos y aclamaciones, y todo el resto del dia se pasó en regocijos. La fecha del 22 de marzo será memorable en Italia; ella recordará uno de los actos mas gloriosos del reinado del rey Victor Manuel: la anexion completa, definitiva de la Italia central, esa obra patriótica que ha sido objeto de los perseverantes esfuerzos de S. M.

Disolucion de la Asamblea nacional de Toscana.

El 20 de marzo á las doce del dia tuvo lugar la apertura de la Asamblea toscana. El baron Bettino Ricasoli, presidente del consejo de ministros, leyó su mensaje en presencia de los representantes del pais y de un público numeroso, en el cual se distinguian muchas señoras elegantes pertenecientes á las primeras clases de la sociedad.

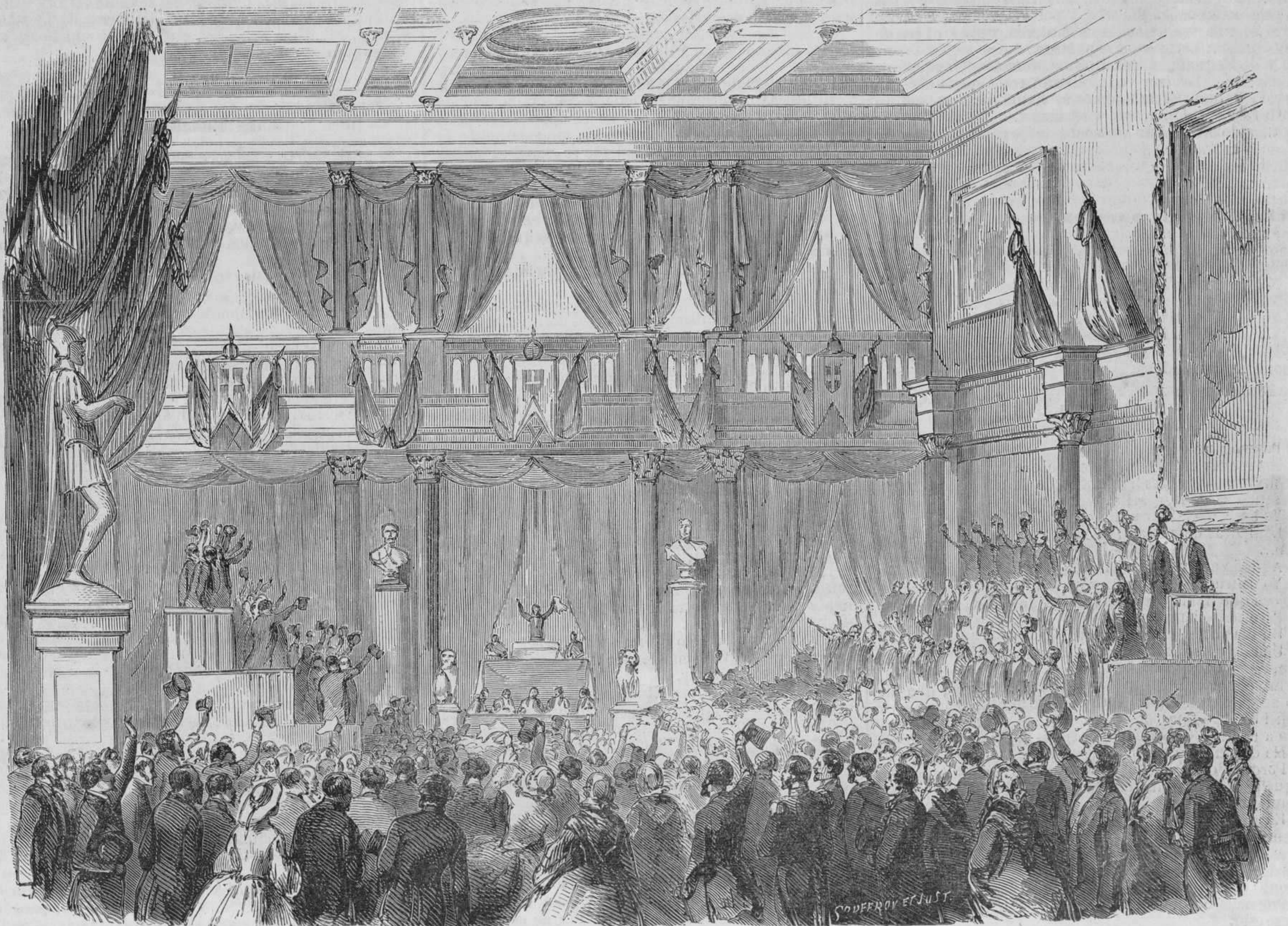
El ilustre presidente, trazando un cuadro de la histo-



VISTA GENERAL DE LA CIUDAD DE MONACO



EL REY VICTOR MANUEL FIRMANDO EL DECRETO DE ANEXION DE LA TOSCANA.



DISOLUCION DE LA ASAMBLEA DE TOSCANA.

ria de la Toscana desde la paz de Zurich, declara que las afecciones municipales han debido ceder ante la necesidad de la union, y añade que el gobierno, fiel al mandato que le habia confiado la Asamblea, desea ardentemente llenarle.

El señor Montanelli, partidario de un Estado separado, se levanta y echa en cara al gobierno que no ha seguido una marcha regular, cuando invocando por sí y ante sí el sufragio universal, se abstuvo de consultar antes a la Asamblea nacional, hoy reunida para desempeñar el papel pasivo de un auditorio.

Pero los gritos de ¡basta, basta! cubren la voz del orador, que se pierde en medio del ruido y de la impaciencia general.

En seguida la Asamblea vota el decreto de su disolucion, y los diputados se separan a los gritos de ¡Viva la Italia! ¡Viva el rey Victor Manuel!

LA DAMA DE NOCHE

NOVELA ORIGINAL

DE DON MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

(Continuacion.)

XXXVII.

Yo creí terminada ya mi mision sobre la tierra. Terminada mi expiacion. Pero me engañé. Mi destino no era morir sobre aquella roca al lado de Margarita.

Mi conciencia no estaba tranquila. Del mismo modo que en mi oro habia visto siempre sangre congelada, mi oro invertido en aquella magnífica capilla, me hacia ver un sudor de sangre en sus muros, brotando a través de sus encajes de piedra.

Las vidrieras de colores cuando el sol las iluminaba tenian para mí un sombrío reflejo rojo.

Ese mismo rayo de sol atravesando el espacio fantástico de la capilla a través de los cristales de colores, apoyándose muchas veces en el semblante de mármol átomos inquietos, pequeños y fantásticos monstruos rojos, que subian, que bajaban, que se revolaban dentro del espacio luminoso del rayo de sol, a los que daba aumento mi conciencia, como si hubiera sido un aparato óptico, dejándome ver sus muecas, sus contorsiones, sus estremecimientos, sus risas diabólicas, sus gestos de amenaza.

Si alguna vez bajaba de noche a la capilla, el eco de mis propias pisadas me espantaba.

Me parecía que un fantasma vengador seguía mis pasos: que al volver yo la cabeza para mirarle desaparecia, y que volvía a aparecer cuando estaba seguro de no ser visto, y volvía a seguirme.

Cuando al mediar la noche el órgano lanzaba su acento grave y armónico, mezclándole con el murmurio de las olas y el graznido de los aguiluchos hambrientos, yo creía escuchar en cada nota lanzada al espacio, maldiciones, imprecaciones, amenazas, rugidos, sollozos, lamentos, blasfemias, ruegos, cuanto la voz humana puede producir excitada por el dolor, por la desesperacion, por la rabia, por la venganza, por la agonía.

No, yo no habia cumplido aun mi expiacion. Mis víctimas se agitaban en derredor mio. Yo las veía en todas partes. Yo las escuchaba en todas partes. Mi vida era un infierno de amor desesperado y de remordimiento tardío.

XXXVIII.

Pasaron así dos años. Mis manos eran dos cáuces de oro que iban a caer, el uno en los pobres habitantes de la aldea, el otro en el sepulcro de Margarita.

Yo embellecía la capilla con todo lo que podia. Lámparas de plata, tapices, colgaduras bordadas de oro...

Aquello era una locura. Yo consumía en fausto, y en fausto por un cadáver, el oro que habia adquirido haciendo cadáveres.

Pero todo tiene un fin. Un día recibí una carta terrible. Una de esas cartas que hielan la sangre de quien las lee.

En ella me decía un conocido de la Habana, que un comerciante en cuya casa tenia yo impuestos valores considerables, habia suspendido sus pagos, y lo que era aun peor, que dos días despues habia desaparecido.

Me encontraba pues arruinado. Porque yo habia concentrado todos mis valores en aquella casa, que me habia inspirado siempre una gran confianza.

En mi poder solo tenia recursos para muy poco tiempo. Acabados aquellos recursos, ni se diría misa todos los días por el alma de Margarita, ni ardería constantemente una lámpara sobre su tumba.

Por nada del mundo hubiera yo querido que sucediese esto.

Margarita era mi último sueño, mi última vida, y todo me parecia poco para ella.

Fué menester pues trasladarme a la Habana a fin de averiguar lo que hubiese de verdad en aquella noticia.

XXXIX.

Desgraciadamente era un hecho.

El infame habia desaparecido, causando con su desaparicion daños incalculables, é irremediables desgracias.

Yo estaba completamente arruinado.

No me quedaba mas que el sepulcro de Margarita y las alhajas sagradas que constituian el servicio del altar.

Es verdad que aquellas alhajas eran de mucho valor. Pero eran para mí doblemente sagradas.

No habia que pensar en recurrir a ellas.

XL.

Empecé a probar una desesperacion de distinto género que las que hasta entonces habia probado.

La desesperacion de la pobreza.

Era necesario renunciar a mi retiro, tal cual yo habia querido que mi retiro fuese.

Era necesario que mi miseria alcanzase a Margarita.

Ella y yo viviríamos en una casa dorada.

Pero aquella casa estaria muda.

Ya no se levantaria el blanco humo del incienso delante del altar.

Ya no arderia perennemente la lámpara sobre su tumba.

Ya el navegante no veria el lejano reflejo de los cristales iluminados.

Ya al mediar la noche, la grave y cadenciosa voz del órgano no se mezclaria al arrullo de las olas y al graznar de las águilas.

Los pobres pescadores no hallarian mas consuelo en mi oro.

Todo habia pasado: todo se habia desvanecido.

Yo era un mendigo reducido a la impotencia de un cadáver.

XLI.

¡Cuánto sueño insensato!

Hoy apenas me acuerdo de Margarita.

¡Oh! ¡sí! ¡sí! si no pienso en ella muerta, es porque la he encontrado viva, y sí soy ahora mas desgraciado que antes, es porque ella es muy infeliz.

CAPITULO VI.

EN QUE CONTINUAN LOS MISTERIOS, PORQUE AUN NO HA LLEGADO EL MOMENTO DE LAS ACLARACIONES.

I.

Al llegar al período en que termina el anterior capítulo suspendí mi lectura.

Todo lo que hasta entonces habia leído era fuertemente excéntrico, fuertemente extraordinario.

¿Quién era el hombre a quien yo, sin quererlo, habia matado?

El héroe sin duda de la antecedente relacion.

El amante de Margarita muerta.

Pero Margarita vivía: la conocía yo: estaba citado con ella para aquella misma noche a las doce en la Cuesta de la Vega, en el mismo sitio donde la noche antes habia encontrado a Ines.

Mi encuentro con Ines habia sido por mas de un concepto providencial.

Al acompañarla yo habia matado a aquel hombre, que segun se desprendia de su relato habia sido pirata y negrero y bebedor de sangre humana, y aquel hombre al morir me habia entregado unas Memorias que arrojaban una luz fuerte, aunque siniestra y fantástica, sobre la Dama de noche.

Porque la Dama de noche era Margarita, ó lo que es lo mismo, Margarita era la Dama de noche.

Pero una de dos: ó el autor de aquellas Memorias estuvo loco al escribirlas, y supuso la muerte y el entierro de Margarita, ó no era Margarita el original del retrato que tenia delante, ó si lo era y el africano no habia mentido al escribir sus Memorias, la Dama de noche era un espectro.

Pero yo no he creído nunca en los espectros.

Ni en el magnetismo llevado a las exageraciones a que se le quiere llevar.

El mundo de los espíritus en pena podia ser muy bien un bello aborto de la imaginacion y producir bellísimos cuentos; pero ninguna persona seria (como ahora se dice) pierde su tiempo leyendo tales desvarios.

II.

Lo que me sucedía en aquellos momentos era para volver loco a cualquiera.

Porque si no se podia creer en lo maravilloso, era necesario creer en lo extraordinariamente extraordinario.

Aun me estremecía recordando la primera impresion que me causó la soberana hermosura de la Dama de noche.

A aquella mujer nadie la conocia mas que de vista. De vista la conocia todo el mundo, y el mundo la habia puesto ese nombre.

Pero nadie sabia su nombre propio, nadie la habia hablado, nadie conocía su familia, nadie sabia dónde vivía.

Una casualidad terrible habia puesto en mis manos su retrato y un rizo de sus cabellos.

Sabia de ella... acaso era ella Margarita... sabia su nombre, que habia naufragado, que se habia herido en la cabeza, que la habian punzado una vena de la mano derecha.

Que la habian enterrado.

Pero lo repito: aquello era para volverse loco.

Si la habian enterrado, no podia ser ella.

O si era ella, era un espectro.

III.

Aquí llegaba de mis meditaciones cuando me anunciaron una visita.

Era mi amigo Luis de Arévalo.

Luis era una persona a quien no podia negarme.

Guardé precipitadamente los papeles, el retrato y el rizo, y recibí a Luis que entraba a la sazón.

Me miró profundamente antes de saludarme, y luego me dió la mano.

Su mano estaba fria.

Su mano no contestó a la presion cariñosa de mi mano.

Se sentó en la chimenea sin decirme ni una sola palabra, y se puso a calentarse las manos y a frotárselas de una manera irritante, extravagante.

De tiempo en tiempo se miraba las manos y se estremecía.

Se parecía a lady Macbeth cuando se frotaba las manos pretendiendo borrar de ellas la sangre del crimen.

Luis conservaba el sombrero puesto.

Permanecía embozado en su abrigo.

Solo habia sacado de él las manos.

Las manos que sin cesar se frotaba.

Su semblante estaba livido.

De tiempo en tiempo una contraccion nerviosa ponía en movimiento de una manera violenta los músculos de aquel semblante.

Dos anchos semicírculos levemente cárdenos bajo sus ojos parecían indicar que Luis, como yo, no habia dormido.

— ¿Conoces tú al marqués de la Roca? me dijo de improviso.

— No, le respondí.

— No es marqués por sí mismo, sino por su mujer, Gabriela Galvez de la Roca.

Al escuchar el nombre de aquella desdichada me estremecí.

— No, no le conozco, le dije.

— Pues es menester que le conozcas: es necesario que le conozcas, me dijo fijando en mí una mirada que podia calificarse de extravagante.

— Dime al menos su nombre.

— Agustín Dávila del Monte, marqués de la Roca.

— ¡Ah! sí, le dije; le conozco mucho: tengo con él asuntos pendientes.

— Yo tambien; y como me voy de Madrid, quiero encargarte de mis asuntos con ese hombre.

— ¿Y a dónde vas?

— No lo sé: a cualquier parte, lejos, muy lejos de ella.

— ¿Lejos de quién?

— De Margarita.

Al escuchar aquel nombre sentí una conmocion violenta.

Disimulé sin embargo.

— ¿Y quién es Margarita? le pregunté.

— ¡Qué! ¿no te ha dicho ella su nombre?

— ¿Pero de quién se trata?

— Tú estuviste anoche hablando con ella.

— ¡Ah! ¿esa Margarita es la misteriosa hermosura del Teatro Real?

— Sí, sí por cierto; la Dama de noche, como han dado en llamarla.

— ¿Es decir que tú conoces a esa mujer?

— La conozco tanto que huyo de ella: por ella me voy de aquí lejos, muy lejos, para que su influencia no me atraiga. ¿No me encuentras completamente cambiado en figura y en carácter?

— Sí por cierto.

— Pues ella es la causa de este cambio que notas en mí: yo no vivo, puedo asegurártelo, hijo; ella podrá muy bien no ser un espectro; no lo es de seguro; pero a mí me ha convertido en un alma en pena. ¿Has amado alguna vez, Andrés?

— Sí, muchas veces.

— ¡Oh! sí: como amamos generalmente: un deseo, un empeño, una ilusion: amores que pasan como las tormentas de verano, y que como a estas las produce el calor. No es eso: es otro amor: el amor que mata lentamente, como un veneno que gasta día por día, hora por hora, minuto por minuto, segundo por segundo nuestra vida; que inflama la sangre y la vicia, y da a nuestro cuerpo una demacracion peligrosa, a nuestro semblante una palidez enfermiza, a nuestros miembros un cansancio continuo y una languidez de muerte, a nuestra cabeza canas prematuras, a nuestro pensamiento una idea fija: no has sentido tú ese amor, no: tú vives, la vida rebosa de tu semblante; pero tú amarás de ese modo, como amo yo; y amarás así porque conoces a Margarita, porque has hablado con ella

durante una hora, y esto basta : todavía el tósigo no te ha hecho sentir sus efectos ; pero tú los sentirás, Andrés, tú los sentirás ; llegará un día en que huyas de ella como huyo yo, como huye el tísico de las heladas que pueden matarle ; porque Margarita es hielo, hielo petrificado, sobre el cual brotan flores, al cual inunda la luz dorada de un hermoso sol : tú sabrás, hijo, quién es la mujer que has conocido, la mujer cuyo recuerdo no puedo arrojar de mí, y cuyo recuerdo me mata.

Yo empezaba á sentir celos del amor febril, delirante de Luis hacia Margarita.

Empezaba á hacerme su presencia enojosa.

Empezaba á sentir odio hacia él.

— ¿Te ha amado alguna vez ella? le pregunté con la voz trémula.

— ¿Qué dices? me respondió como distraído Luis; y sobre todo ¿qué te importa á tí? ¿Que si me ha amado! Si me hubiera amado, ¿estuviera hablando contigo? Su amor me hubiera matado ya, como dentro de poco me matará su recuerdo.

— ¿Y sabes si ha amado á alguien?

— ¡Ah! ¡como yo! estás completamente como yo cuando la conocí : al otro día de haberla conocido, hubiera yo matado al hombre que hubiera sido amado por ella ; pero despues... ¡bah! ya lo verás por tí mismo : despues... te alegrarás de que otros se enamoren, enloquezcan por ella, porque estarás seguro de que Margarita no ha amado á nadie, no puede amar á nadie, y encontrarás cierto consuelo á tus sufrimientos en los sufrimientos de los demás.

— ¿Dónde conociste tú á Margarita?

— En la Habana.

— ¡ En la Habana!

— Sí : hace tres años. Entraba yo un día en casa del marqués de la Roca... el marqués de la Roca... es mi enemigo, pero al mismo tiempo es mi pariente ; lo que no tiene nada de extraño, porque nuestros peores enemigos son aquellos con quienes nos une un parentesco : pues... como que era mi pariente, y mi enemigo además, entraba yo con mucha confianza en su casa.

Un día...

Válgame Dios y qué calor hacia aquel día...

Un día entré yo en casa del marqués.

Los criados me conocían demasiado.

Sabían que era pariente próximo de su amo.

Además, ya sabrás que los criados en la Habana son esclavos.

Que los esclavos de la Habana son africanos.

Que los africanos son indolentes.

Yo me entraba casa del marqués como por mi propia casa.

Ninguno de aquellos pícaros dada un solo paso para anunciarme.

¿Y para qué? ¿No era yo el señorito?

¿No era yo el sobrino carnal del amo?

— ¡Cómo! ¿eres tú sobrino carnal de don Agustín?

— Sí, hijo, sí : tengo esa desgracia : hijo de su hermano menor don Francisco.

Pero me habías preguntado cómo conocí yo á Margarita.

Para que te lo diga déjame continuar.

Entré yo pues un día en que el cielo arrojaba fuego casa de mi tío.

Entréme en derechura al cuarto del baño.

Yo esperaba encontrarle bañándose, y pensaba tomar allí mismo otro baño.

Porque aunque mi tío y yo somos cordialmente enemigos, nos tratábamos y nos tratamos bien, como otros tantos que se aborrecen, y sin embargo se dan la mano y se halagan.

El mundo es una comedia asquerosa, Andrés.

Es necesario por lo mismo conservar puesta la careta que cubre la lepra, y dejar á los demás que la lleven también.

Mi tío y yo teníamos el uno respecto del otro las caretas mas amables, mas rientes, mas expresivas que puede darse.

No le encontré en el cuarto del baño.

Pero encontré en aquel cuarto una cosa que no había visto nunca, aunque había estado en aquel cuarto muchas veces.

Una puerta que yo no conocía.

Esto es, una puerta secreta.

Has de saber que yo tengo muy poco respeto á mi tío, de lo que juzgaras hoy mismo, porque voy á presentarte á él.

— ¿Y vive con tu tío la Dama de noche?

— No lo sé ; ¿pero con quién diablos ha de vivir, si Margarita no es casada? Pero déjame continuar, Andrés, déjame continuar.

¡Ah! dame un cigarro.

Manda además que me traigan la cafetera, el café, el agua... me gusta ver subir por el sifon de cristal el agua hirviendo, precipitarse luego de color de oro.

¡Ah! que me traigan también jamáica.

Voy á hacer ponche de café.

¡Qué malo estoy, Andrés, qué malo.

Me estoy muriendo.

Y todo porque la ví anoche.

Luisse puso á encender el cigarro que yo le había dado, y empezó á fumarle en silencio echado sobre el sillón, con el sombrero puesto aun y embozado en su abrigo.

Yo llamé y mandé traer lo que deseaba Luis, que fué servido al momento.

Luis continuaba en silencio, con la cabeza echada sobre el sillón, mirando las ninfas del techo de mi gabinete, y lanzando frecuentes bocanadas de humo que se levantaban en espirales azules.

Parecía que se había olvidado de lo que hacia un momento había hablado, de lo que hacia un momento había pedido.

Habia en él algo de la insensatez, de la desesperación : algo que parecia indicar la existencia en él de un padecimiento mortal.

Yo perdí la prevención que contra él había empezado á sentir, y solo tuve para él una compasión profunda.

Porque Luis debía sufrir de una manera horrible. El sufrimiento brotaba de él, tangible, perceptible, por todos sus poros.

Aquel sobrealiento que comprimía y levantaba violentamente su pecho ; aquella palidez febril ; aquella demacración ardiente, por decirlo así ; aquel estremecerse á cada momento, y aquel caer á cada momento en una distracción profunda ; aquel hablar incoherente ; aquella mezcla heterogénea é incomprendible de buen humor y de amargura ; aquel razonar frío inmediatamente despues de una elucubración delirante, todo indicaba que el alma y el cuerpo de mi pobre amigo estaban en una completa anarquía.

Yo respeté aquel estado de silencio, como se respeta el sueño de un enfermo fatigado por largas y dolorosas veladas.

El estado de Luis me lastimaba.

Dejaba en mi corazón un sedimento amargo.

Pasó algunos minutos en silencio mirando al techo, ó mejor dicho, con los ojos alzados y fumando maquinalmente.

Luego de improviso se incorporó, se quitó el sombrero, lo puso sobre el velador, se desenvolvió de su abrigo y se replegó en sí mismo apoyando sus brazos sobre sus rodillas.

— Me sofoco : tengo calor, dijo.

Y se separó bruscamente de la chimenea, se levantó y se fué al balcon y le abrió.

Yo le dejé hacer, á pesar de que el aire que entraba por el balcon era muy frío.

Al volverse, Luis se puso á examinar las pinturas que cubrían una de las paredes del gabinete.

— ¿De quién es esta danza de jitanos? me preguntó.

— De Alenza, le respondí.

— ¡Ah! ¡sí! ¡de Alenza! y aquel interior gótico de Villamil ; ¡Alenza y Villamil! tenemos que conformarnos con eso y con cosas semejantes á eso : el arte ha muerto : ha muerto el entusiasmo que es la savia del arte : este es el siglo de la partida doble : la saben hasta las mujeres... ¡bah! ¡las mujeres! la mayor prueba de estupidez que puede dar de sí mismo el hombre, es consagrar su existencia entera á una mujer, referirle todo á ella, enloquecer por ella. ¡Ah! el café y el ron. Me alegro : los dos amigos del hombre, añadiendo el tabaco, su mejor amigo. Bien mirado, no hay mujer que valga lo que un buen cigarro : le quemamos, le reducimos á ceniza ; á buen seguro que sirva á otro.

— ¡Ah! qué simil tan diabólico, exclamé.

— ¿Qué simil, Andrés? dijo Luis llenando una copa de ron y apurándola de un trago.

— El que me has inspirado poniendo á la mujer en parangón con el tabaco.

— Venga el simil, dijo Luis poniendo café en el recipiente de la cafetera y encendiendo la lamparilla, despues de lo cual se quedó esperando á que hirviese el agua.

— El primer amor de la mujer la quema el alma y se la reduce á ceniza.

— Bien, sí, ¿y qué?

— Cuando has fumado un cigarro, arrojas un resto infecto, magullado, exprimido.

— Bien, ¿y qué?

— Cuando un hombre arroja por la ventana el corazón de una mujer, aquel corazón va á la calle como el resto del cigarro : infecto, magullado, exprimido.

— Bien, ¿y qué?

— No falta quien le recoja... quien procure encenderlo de nuevo...

— ¡Ah! sí... comprendo... la colilla no arde ya bien : es necesario aplicar continuamente fuego... y el humo sale muy fuerte, de muy mal gusto... es verdad.... buen simil... pero guárdatele, hijo mio, guárdatele, porque si lo saben ellas te van á arañar.

Guardamos de nuevo silencio despues de este incidente de buen humor.

El agua hirviendo subió por el sifon y se apoderó del café.

— Así, así se apoderan ellas de uno : le sacan el aroma del alma, el aceite esencial, y le dejan reducido á aserrín.

Despues de este nuevo simil, Luis guardó silencio.

— Del mismo modo se me subió á mí Margarita á la cabeza, dijo Luis, y ha estado hirviendo en ella, abrasándome el alma, hasta que me ha dejado los sesos como una esponja seca.

Vamos, es imposible vivir así.

El café estaba hecho.

Luis puso una taza bajo el grifo, le abrió y llenó la taza hasta la mitad.

Luego acabó de llenar con ron la taza, mojó en ron un terron de azúcar, le encendió en la llama del espíritu de vino, y puso fuego al ponche.

Durante algun tiempo observó la llama azul en silencio.

Yo le dejaba hacer.

IV.

De repente dejó de mirar la llama del ponche y fijó en mí su mirada calenturienta.

— Era en efecto una puerta secreta, me dijo : yo me entré resueltamente por aquella puerta, porque no tenía respeto alguno á mi tío.

Tenia necesidad de saber porqué existía allí aquella puerta, qué se guardaba tras ella.

Atravesé algunos corredores estrechos, altos, cruzados acá y allá por otros corredores, y con claraboyas en el techo que dejaban entrar el aire sin dejar entrar el sol.

Aquello estaba fresco.

— Este bribon es un egoista, dije para mí : tiene un refugio en su casa contra los calores, una especie de paraíso, y no deja gozar de él á nadie.

Apenas había murmurado estas palabras me detuve.

Aquel paraíso mudo con sus paredes pintadas de árboles y flores y pájaros, en que se respiraba bien, en que se vivía, se animó de repente.

Oí el preludio de una guitarra.

Mi tío no sabia tocar la guitarra, porque no sabe nada que sea agradable.

Luego mi tío no era el que arrancaba al instrumento aquellas notas flébiles, delicadas, suspirantes, melancólicas, en que parecia llegar hasta mí, envuelta en suaves perfumes, el alma de una mujer.

Apenas había acabado Luis de decir estas palabras cuando sonó un chasquido seco, desapacible, ténue.

La taza no había podido resistir al fuego del ponche y se había roto : había saltado.

El ponche se había derramado.

— Hé ahí, hé ahí, dijo Luis ; el demasiado fuego acaba por romper el vaso que le contiene. Otra taza.

Y la tomó, la llenó hasta la mitad de café, acabó de llenarla con ron, y no encendió aquel ponche.

Se puso á tomarle á sorbos distraído.

Yo, aprovechando su distracción, me levanté y cerré el balcon por el que entraba demasiado frío.

V.

— Era aquella armonía un sonido, ó por mejor decir una combinación tal y tan grata de sonidos, que no puedo explicarte su efecto.

Despues una voz de mujer cantó uno de esos aires característicos, melosos, dulces, lánguidos, que cantan los negros cuando bailan el domingo á la puerta de la hacienda.

¡Pero qué voz, Andrés, qué voz!

¡Qué alma se sentía á través de aquella voz!

¡Qué hermosura se adivinaba en la niña que de aquel modo, con aquella ternura daba voz, magia, encanto á las vulgares danzitas americanas.

Aquella voz me atrajo como el boa atrae con su aliento al pájaro.

Seguí, torcí, volví á torcer sin encontrar á nadie, oyendo cada vez mas cerca aquel canto de sirena, cada vez mas embriagador, cada vez mas irresistible.

Llegué á una puerta entreabierta y la empujé.

Y ví... ¡oh! ví...

A Eva... hijo mio : á Eva en el paraíso.

A Eva bajo un tupido pabellon de lianas en que solo había una media luz vaga, en cuyo centro saltaba en borbotones una fuente refrescando el aire.

A Eva, pero á Eva vestida, ligeramente es cierto, pero vestida al fin.

A Eva columpiándose en una hamaca, tocando indolentemente una guitarra, cantando como quien canta para sí mismo, con unas magníficas trenzas rubias sueltas sobre los hombros, y unos magníficos ojos con la mirada ardiente, opaca, velada, fija en la cúpula de verdura del pabellon.

Eva debió ser blanca y rubia y tener los ojos azules.

Si Eva no fué así, Eva fué mas fea, ó mejor dicho, menos hermosa que Margarita.

Y Luis añadió ron al resto de ponche de café que le quedaba, y bebió hasta apurar el contenido de la taza.

(Se continuará.)

El caucho y la gutta-percha.

Procedamos por órden ; hablemos primero de la industria del caucho y luego vendrá la gutta-percha.

Macquer descubrió en 1768 que el caucho era soluble en el éter, y se posaba sin haber perdido nada de sus propiedades. En 1790 Fourcroy encontró el medio de disolverle empleando la esencia de trementina ; luego Grossard empleó el agua de lavanda, y observó que el caucho se hinchaba y se ablandaba en el agua hirviendo. Por esa misma época, un sabio de Turin, el señor Fabroni, aplicó con buen éxito el aceite de petróleo á la disolución del caucho. A fines del siglo último se comenzó á emplear el caucho en diferentes usos bastante limitados, pues se destinó únicamente á la fabricación de sondas quirúrgicas, ligaduras elásticas, tablillas para borrar el lápiz, pelotas elásticas, tubos, etc. Besson en 1791 y Champrois en 1811 intentaron hacer impermeables algunas telas de fieltro.

Está probado pues que en Francia fué donde los químicos descubrieron la solubilidad del caucho, y mostraron este camino á los industriales ; pero es evidente también que á la Inglaterra le toca el honor de haber creado la industria de la fabricación de telas cauchutadas. El célebre Mackintosh fué el primero que inventó en 1820 la fabricación de vestidos impermeables pegando dos telas una contra otra mediante una disolución de caucho. Mastarde se asoció con Hancock, y estos dos

industriales dieron una inmensa extension á la confeccion de capas y sobretodos cuyo nombre era el del inventor, y cuya venta fué monopolizada por ellos hasta 1830.

Por ese tiempo MM. Rattier y Guibal dotaron á Paris y á la Francia de esta industria que les ha debido despues muchos perfeccionamientos. Poseedores de los privilegios ingleses, comenzaron á fabricar en grande escala telas y vestidos impermeables, y sobre todo almohadones y colchones de aire. Muy luego descubrieron que los hilos de caucho estirados y extendidos á frio, tenían la propiedad de endurecerse y de perder toda elasticidad, recobrándola cuando los sometian á la accion del calor. Así pues, aplicaron este descubrimiento á la fabricacion de trenchillas y de telas, y obtuvieron productos perfectos.

La boga de los articulos de caucho data pues de 1830, y desde entonces no han disminuido los productos de esa industria. En 1844 un descubrimiento inesperado, la *vulcanizacion* la abrió nuevas vias; no nos pertenece decidir quién es el verdadero inventor de la vulcanizacion del caucho, pero es muy cierto que los mismos procedimientos fueron empleados simultáneamente en los Estados Unidos por un americano llamado Goodyear y en Inglaterra por Hancock.

La vulcanizacion es la combinacion del caucho y del azufre bajo la influencia de una temperatura elevada; su resultado es dejar la sustancia siempre flexible y elástica sin que se ablande mas al calor ni se endurezca con el frio. Los disolventes ordinarios, como las esencias, las materias grasas y los aceites, se quedan sin accion sobre el caucho en

cuanto está vulcanizado. Mas aun; sufre las tracciones, las compresiones y los choques mas violentos sin

los cilindros le muelen hasta producir una pasta homogénea. Este unto se aplica sobre los bordes de un

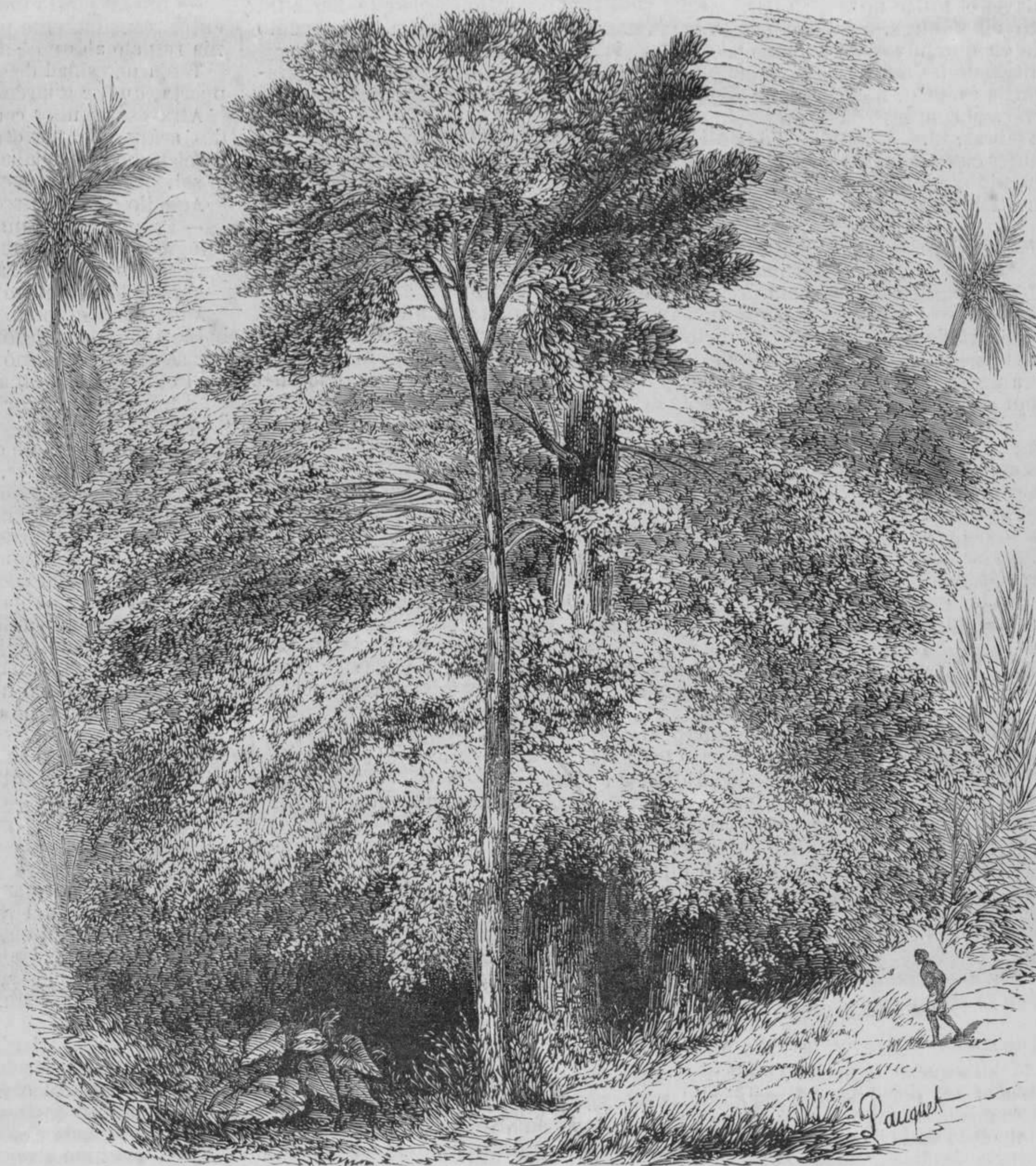
perder nada de su forma y elasticidad. Con ese descubrimiento el caucho acabó de adquirir favor, pues se reconoció de una utilidad general é irrecusable. La vulcanizacion se aplicó tambien á la gutta-percha para ciertos usos particulares.

Para dar á nuestros lectores una noticia exacta de las preparaciones que sufren el caucho y la gutta-percha, vamos á visitar la fábrica de Rattier y compañía, cuyos vastos talleres están situados en las Termes, cerca de Paris.

Al penetrar en la primera sala, se ve la purificacion de las materias primeras operada por el ablandamiento del caucho por medio del agua caliente. La sustancia se somete despues á la accion de unos cilindros que la quitan las impurezas y la reducen á hojas muy delgadas.

En otra sala se procede, despues de la desecacion y un ablandamiento sobremesas de hierro calentadas al vapor, á la operacion del *masticador*, cuyo objeto es ablandar la goma antes de arrojarla en los moldes de hierro que la comprimen hasta que se hace una pasta homogénea por medio de las prensas hidráulicas. Mas lejos estas masas compactas se cortan en hojas, segun las necesidades de la fabricacion, por medio de máquinas cuyos cuchillos animados por un vaiven muy rápido, se mueven seiscientos veces por minuto.

En la tercera sala se procede á la impermeabilizacion de las telas del modo siguiente: el caucho purificado se mezcla con un disolvente cualquiera, esencia de trementina, etc., etc., y



EL CAUTCHU Y LA GUTTA-PERCHA.



COSECHA DEL CAUTCHU.



ESTABLECIMIENTO DE M. RATTIER PARA LA FABRICACION DE CAUCHU.

cilindro, en torno del cual se desarrolla la tela que se quiere untar con el barniz impermeabilizador, y por una rotacion medida y la presion particular de una regla, el caucho se va extendiendo por un lado de la tela del modo mas igual. Al salir de la regla la tela pasa sobre una mesa de hierro calentada al vapor, y gracias á ese calor llega seca al rodillo, en el cual se

puede arrollar ya sin temor de que se pegue. Segun las necesidades de la fabricacion se puede repetir así ese modo de pintura impermeable aplicando hasta seis capas de goma. Cada pieza de tela sometida á la operacion que acabamos de indicar tiene 150 metros. La casa Rattier y compañía fabrica mas de 1,000 metros de tela impermeable cada dia.

Del taller de confeccion situado en el primer piso de la fábrica, donde los sastres cortan paletós, pantalones, capas, botines y toda clase de prendas de vestir, almohadones, colchones, etc.; y donde un crecido número de obreras cosen las piezas y cubren despues las costuras de una banda de tela impermeable, bajamos á la manufactura, donde se prepara el hilo destinado á



PREPARACION DEL CAUCHU EN EL ESTABLECIMIENTO DE M. RATTIER.

las combinaciones del tejido de las telas de seda, de algodón ó de lana con cautchu, que se transforman en tirantes, ligas, brazaletes, etc.

La materia se presenta al obrero en bruto, ó bajo la forma de peras aplastadas ó de hojas, ó trabajada en trozos redondos que es la forma ordinaria. Se coloca el cautchu sobre un eje animado de un movimiento de rotación, y se somete así la goma al filo de una hoja circular que la corta en espirales. Estas espirales ó tiras son cortadas á su vez en hilos por un juego de hojas circulares, cuyo número y separación entre sí varían según el número y el grueso de los hilos que se desean obtener. Durante estas dos operaciones, el cautchu debe regarse constantemente con agua fría, y sólo así se logra cortarlas fácilmente.

Nada más curioso que la parte de la fábrica de M. Rattier y compañía consagrada á la filatura del cautchu, es decir, donde el hilo se corta, se estira y se devana en las camillas. Al penetrar en el vasto salón donde se ejecuta este trabajo el ruido aturde los oídos; pero en breve se llega á distinguir por todas partes un número inmenso de devanaderas puestas en movimiento por el vapor, con una velocidad de 500 vueltas por minuto. La mujer colocada delante de su devanadera, tiene con una mano el hilo untado previamente de talco, y le deja marchar por sí, teniendo cuidado de apretarle entre el pulgar y el índice, para alargarle como cinco ó seis veces su largo primitivo.

Las camillas cubiertas de hilo preparadas de este modo se ponen á secar. Este hilo es inerte, sin elasticidad, y permanece en este estado hasta que se somete de nuevo á la acción del calor.

La venta de la fábrica Rattier y compañía, tanto en hilos naturales como en hilos negros, se eleva á unos 4,500 kilogramos por mes, ó sean 48,000 kilogramos anuales. Suponiendo que todos estos hilos se pegaran uno á otro para formar uno solo, tendríamos 48,000 metros multiplicados por 42,000 metros, ó sea un hilo de 216 millones de metros, que se extenderían sobre un espacio de dos millones ciento sesenta mil kilómetros.

Los trabajos de manipulación á que se somete la gutta-percha se resumen en las líneas siguientes: Los pilones informes que llegan á Francia se cortan á hachazos: arrojan estos trozos en una caldera de cobre llena de agua hirviendo; y en cuanto la materia está suficientemente blanda la someten á la acción de una escofina circular, á cuyo beneficio la sustancia rayada cae en una cuba de agua fría colocada debajo. Allí se opera la separación de las materias extrañas, de las cuales una parte se precipita al fondo y la otra se queda en la superficie cuando se recoge la gutta por medio de una paleta formada con un enrejado. La escofina trabaja cuantas veces lo exige la materia, hasta diez en muchas ocasiones; después viene la operación del masticador. Este instrumento es con poca diferencia el mismo que se emplea para este uso en la fabricación del cautchu. En cuanto la gutta-percha está bien trabajada y se encuentra en un estado homogéneo, ya puede fabricarse con ella. Entonces la dan la forma adecuada á la aplicación á que la destinan. Si se quieren hacer sondas, la cortan á la distancia precisa; si se quieren hacer vasijas ó utensilios caseros, la sacan en hojas del agua caliente para aplicarla sobre un mandril ó en moldes donde toma la forma que se desea. Con la gutta-percha se fabrican tubos de todo diámetro y largo, mediante una máquina muy ingeniosa.

Nuestro dibujante, con el objeto de presentar en un mismo dibujo las diferentes máquinas de la casa Rattier y compañía, ha tenido que reunir todas las salas en una sola; pero solo examinando el exterior de este vasto establecimiento rodeado de patios donde se elevan cinco ó seis construcciones indispensables para una gran explotación, se comprende la importancia de esta manufactura. Aquí se encuentran las calderas y las máquinas de vapor; mas allá las fraguas donde se construyen casi todos los utensilios empleados en la fábrica, el taller de carpintería, los almacenes que contienen las materias primeras, y por último la casa del amo, cuya vigilancia asegura la prosperidad de su fabricación.

La casa Rattier y compañía ocupa durante todo el año unos 300 obreros, hombres, mujeres y niños.

B. H. R.

EL DOCTOR ANTONIO.

(Continuación.)

Sin embargo, lo que había visto después la había convencido profundamente de que el hombre cumplía lo que prometía el niño.

Lucy á primera vista había tenido miedo de su hermano. Sus maneras estrepitosas é insoportables, sus palabras groseras y su alegría de soldado, atacaban todo el sistema nervioso de Lucy, y chocaban con todas las simpatías de su naturaleza delicada.

Las organizaciones frágiles y sensibles como la de Lucy, profesan un horror innato á la violencia bajo todas sus formas; es para ellas un elemento disolvente, algo de incompatible con su ser. Instintivamente tratan de sustraerse á ella.

Estos motivos habrían bastado para hacer que la presencia de Aubrey fuese insoportable á Lucy. ¿Qué sería pues, cuando la pobre joven pensase en la explosión posible de esa violencia tan temida, en una dirección

donde había colocado ella sus sentimientos más tiernos de afecto y gratitud?

El cuarto día después de la llegada de su hijo, sir John dió una comida de despedida, y anunció á sus convidados, el conde, el alcalde, el doctor Antonio, etc., que se marchaba á los dos días.

Aunque Aubrey espío á su hermana atentamente, Lucy no pestañeó. Su desgracia era tan grande que casi se sintió aliviada con la noticia.

Con tal que pueda decirle únicamente: « ¡Gracias, doctor Antonio, Dios os bendiga, á vos y á vuestro país! » con tal que pueda decirle estas palabras libremente, como se las dicta el corazón, sin que ningún ojo esté fijo en ella, Lucy partirá en paz.

Este pensamiento domina sin cesar su espíritu, es el único que le preocupa; ciñe sus sienes como una corona de espinas este pensamiento de darle gracias y de bendecirle. Si obrara de otra manera pasaría por muy ingrata!... Antonio fué para ella la paciencia, la dulzura y la bondad misma. ¿Qué más habría podido hacer por ella un padre, un hermano, un amigo? « ¡Bendito seas vos y vuestro país! »

Lucy murmura continuamente estas palabras; quería escribirselas, pero ¡parecen tan frías en el papel! Lucy está segura de que Antonio no tiene una idea de la inmensidad de su gratitud, de todo lo que ella siente por él. ¡Qué loca fué en no decirselo cuando era suyo todo su tiempo, cuando ninguna nube proyectaba entre ellos dos su sombra siniestra, en una de aquellas hermosas mañanas que se perdían charlando de cosas indiferentes en el balcón; en una de aquellas noches de luna, pasadas á la orilla del mar, tan cerca del agua que la ola plateada llegaba amorosamente hasta sus pies!... ¡Y aquellos paseos por el jardín, y aquellas excursiones en la barca por la mar azulada, y la inolvidable romería á Lampedusa!... ¡Ay! ¡cuánto daría por disfrutar de un minuto, un minuto no más de todo aquel pasado!

¡Vanos emociones, fantasmas, sombras vanas! El tiempo inexorable marcha, marcha siempre, y ha llegado el día, va á llegar la hora de partir, y Lucy no ha hallado ocasión de descargar su corazón del peso que le oprime.

Sentada en su silla de enferma, mira vagamente delante de sí como sumergida en un sueño; Aubrey y Antonio están en el balcón discutiendo sobre la política de la Inglaterra en la India; Antonio está muy pálido, en sus maneras se descubre una animación inusitada; sir John se pasea por el aposento meditando un discurso de despedida, y lanzando de tiempo en tiempo una mirada muy triste á Lucy; Hutschin llena de quehaceres, baja y sube, entra y sale agitada hasta el último extremo, trabajando por dos, pues John Duckett había salido para Niza aquella mañana á fin de dejar su puesto al capitán en la trasera del coche.

Hutschin anuncia por fin que están enganchados los caballos.

— Vamos, Lucy, dice el barón animando á su hija. Aubrey está ya junto á su hermana y la ayuda á que se levante; Hutschin notando que su señorita tiene un cestito en el brazo, le ofrece llevárselo; Lucy la rechaza con presteza y la mira con ojos iracundos: un puñado de pobres flores secas, casi sin color en el día, pero de un azul asombroso en otro tiempo, tal es el tesoro que defiende.

Cuando sir John y el doctor seguidos de Aubrey y miss Davenne llegan abajo de la escalera, una porción de personas reunidas en el jardín se descubren y agitan las manos en señal de despedida.

La lengua de sir John se queda pegada á su paladar y tiene que renunciar á su discurso. Hasta le parece más prudente proceder en silencio á los apretones de manos.

Los que quieren besar su mano, Próspero, su joven hermano, su anciana madre, todos pueden ahora satisfacer su deseo; sir John no opone la menor resistencia.

Sin embargo, Aubrey apresura á Lucy para que llegue á la puertecilla donde espera el carruaje.

Rosa y Speranza y un poco más atrás Battista, lloran como fuentes. Casi maquinalmente Lucy da gracias por sus testimonios de cariño á las dos pobres mujeres que no cesan de besar sus manos y sus vestidos, y que hasta el último momento se cuelgan con desesperación de la joven bienhechora.

Por fin, Aubrey lanzando un juramento la empuja en el coche.

Antonio ayuda á subir al barón.

— Buen viaje, sir John; *buon viaggio, signorina*, ¡mucho cuidado!

Lucy no puede pronunciar una palabra, no saluda, pero mira fijamente aquel semblante lleno de bondad, — aquel semblante que ni se atreve á sonreír, porque nota que una mirada escudriñadora está clavada en él.

Un latigazo del postillon, un adiós proferido en alta voz por los asistentes, y el carruaje se aleja por el camino, y el semblante tan lleno de bondad desaparece.

Lucy se despierta como de un sueño.

— Padre mío, ¿con que nos vamos?

Y un torrente de lágrimas se escapa de sus ojos como un río que ha roto sus diques.

Sir John no resiste más tiempo; él también da rienda suelta á su emoción, estrecha á su infeliz hija sobre su corazón, y el padre y la hija confunden sus lágrimas.

Mientras esto pasaba en el coche, Aubrey en la trasera enciende otro cigarro en la punta del que acababa de fumar.

Los que el coche ha dejado detrás se encuentran todavía en el camino mirando cómo se aleja rápidamente.

No le quitaron los ojos hasta que hubo desaparecido.

El pobre Antonio tenía el corazón desgarrado, y habría querido arrojar la máscara; pero no, tuvo que escuchar la necia conversación del conde y del alcalde que quisieron acompañarle hasta su casa.

Por fin llegó, y entonces arrojándose sobre su cama, un hombre al cabo y al fin no es más que un hombre, lloró como un niño.

XX.

LA AUSENCIA.

Cuando dos personas tiernamente unidas se separan, la más digna de compasión es la que se queda. Cada sitio, cada objeto familiar despierta en ella un recuerdo cruel representando la imagen relativa á ese sitio y á ese objeto. Cada hora que pasa trae á su memoria alguna dulce costumbre de ese instante, aumentando así la amargura de su pena.

Para la otra por el contrario, cada hora que transcurre, cada objeto que pasa, el movimiento, los incidentes, hasta los enojos del viaje son origen de mil distracciones que no pueden menos de dividir y debilitar la concentración de las ideas y de los sentimientos en un punto único.

Lucy no podía ser una excepción de esta regla.

No era culpa suya si el paisaje entre Bordighera y Niza reunía á su naturaleza seductora un carácter grandioso; si el camino subía á veces á alturas aéreas; si en el fondo de los valles las poblaciones estaban agrupadas de un modo tan pintoresco; si las desigualdades de la costa eran tan caprichosas y desarrollaban nuevas perspectivas á cada revuelta.

No era su culpa tener ojos y recibir por ellos estas impresiones.

No queremos decir por esto que la angustia de la separación no continuara haciendo palpar su corazón; ó que sus pensamientos no retrocedieran impetuosamente para fijarse en el amigo á quien había dejado; no, Lucy estaba desolada y se consideraba la más infeliz de todas las mujeres. Únicamente la novedad y la variedad de las cosas y de los incidentes exteriores cortaban su atención y se mezclaban con la corriente principal de sus sentimientos y de sus ideas.

En Niza que fué su primera etapa, los Davenne encontraron una familia, del corto número de estas familias escogidas cuyo trato no desdeñaba sir John, y de las que solo por un don particular puede producir la Inglaterra, compuesta de un padre y de una madre, jóvenes aun, con docena y media de hijos de ambos sexos.

Los miembros femeninos de la familia en cuestión que ascendían á diez, cayeron sobre Lucy y tomaron posesión de ella.

Bajo su dirección la pobre joven tuvo que visitar todos los sitios notables de la ciudad y de sus cercanías, tuvo que asistir á comidas organizadas en su honor; debió ir al teatro, ocupaciones y diversiones que encerradas en el estrecho espacio de tres días que pasó en Niza, dejaron á nuestra heroína poco tiempo para absorberse en sus amargas ideas.

En París donde sir John quiso pasar un mes como había pensado, fué mucho peor todavía: las visitas de ordenanza al Louvre, al Luxemburgo, al Palacio Real, á Versailles, San Cloud, Fontainebleau, etc., etc.; el indispensable paseo cotidiano al bosque de Boulogne, la prueba de una porción de vestidos y de sombreros nuevos, los teatros, las soirées de la embajada, las visitas y los convites; toda esta agitación sin tregua ni descanso hizo que la pobre Lucy no tuviera un minuto libre.

Añádase á esto una presentación oficial en Tullerías, y el honor de comer con su padre y su hermano en la mesa del rey en Neuilly.

Aunque mal prevenido en favor del jefe de la dinastía de Orleans, á quien no podía perdonar el ser hijo de Felipe Igualdad, de revolucionaria memoria, sir John, para emplear sus propias palabras, creyó conveniente conformarse á la política del día, y consideró que estaba en su deber de inglés el contribuir, aunque sacrificando sus simpatías personales, á la consolidación del « acuerdo cordial. » Y en verdad, un hombre de la importancia de sir John Davenne, no podía pasar por París sin visitar al jefe del Estado. ¡Los cabellos se erizan al pensar en las consecuencias que su abstención habría producido!

Pero las disipaciones de Lucy en París no eran más que reposo y tranquilidad comparadas con el torbellino de visitas, almuerzos, comidas, fiestas y bailes en que se halló arrastrada así que puso los pies en Inglaterra. En el círculo inmenso de sus parientes, amigos ó conocidos de su familia, todos, hasta los más lejanos en cuanto á la distancia ó en los grados de parentesco, insistieron por obtener al menos un día de la hermosa viajera.

Por su parte sir John, una vez en Davenne, reparó el tiempo perdido abriendo sus salones y dando fiesta sobre fiesta á la mitad del país, siempre con Lucy á la cabeza, que era la estrella polar de todas las miradas.

Durante semanas y meses enteros Lucy no tuvo un instante suyo; vestirse y hacer visitas, hacer visitas y vestirse, dos grandes deberes, dos grandes ocupaciones de toda señorita de alta alcurnia en todos los países y principalmente en Inglaterra. Tal era el empleo de las horas de cada día. En la imposibilidad de resistir á la

corriente que la arrebatara, ¿qué podía hacer la joven sino dejarse arrastrar de grado ó por fuerza?

Entre tanto Antonio por mas que hacia no podia dejar de pensar en Lucy. La brillante estrella que un momento habia iluminado su horizonte, habia desaparecido para siempre, y él seguia con los ojos fijos en el rastro de luz que á su paso habia dejado.

Sea que se quedara en su casa meditando, sea que permaneciera sentado en aquel sillón que él habia imaginado para su querida enferma, sea por fin que corriera por el campo para entregarse á sus ocupaciones ordinarias, su figura idolatrada estaba siempre allí, mirándole por todas partes, persiguiéndole por do quiera.

El estante de donde habia sacado para prestárselos los libros que ardian aun con el contacto de sus manos; la guitarra que tanto la habia distraído; el mapa de Sicilia que la enseñó cuando comenzó á interesarse por el país en que él habia nacido; las flores que ella le habia dado y que él conservaba religiosamente, todo estaba lleno de ella. En torno suyo todo parecia preguntarle: — ¿Y Lucy, dónde está?

Si con los ojos cansados de estar fijos en un volumen que en vano habia querido leer, Antonio se levantaba y se asomaba á la ventana, la primera cosa que hallaban sus ojos, era el casino del conde adonde tantas veces habia acompañado á Lucy.

Bajo aquel majestuoso pino de Italia con su vasto ramaje, se habia sentado ella cuando se puso á dibujar el ribazo por el lado de Francia; mas allá de aquella piedra amarilla que brilla con los rayos del sol, vió salir Lucy con pavura una culebra tan grande como una lagartija; en aquella revuelta se detuvo para coger una conchita blanca traída por las olas, y que le habia dado.

Y era peor aun cuando los deberes de su profesion le llamaban al otro lado del promontorio. ¿Qué multitud de recuerdos despertaba la vista de la posada, deteriorada por el tiempo, con su color encarnado oscuro, su balcón, su jardinillo y la ribera llena de guijarros...

No habia allí un palmo de tierra que no estuviese consagrado por algun recuerdo de Lucy. Allí á la falda del camino, la habia visto por la primera vez, pálida como la muerte, pero tan hechicera en su palidez que se sorprendió de que pudiera existir en el mundo tan incomparable criatura.

Aquí le habia sonreído ella con tanta dulzura al mirarle, cuando mandó que volvieran la camilla; allí, en el primer recodo de la colina detrás de la casa una tarde al anochecer habia distinguido ella las primeras luciérnagas de la estacion, lanzando exclamaciones de júbilo.

No habia un sendero por donde no hubiesen pasado juntos, no habia una flor que no hubiesen examinado á la vez; no habia un sonido misterioso de la naturaleza, desde la voz del Océano hasta el grito de los insectos, que no hubiesen escuchado á un tiempo; no habia en fin uno de los mil matices del mar, de la tierra ó del cielo que no hubiesen admirado los dos juntos.

Y despues, todos le hablaban de ella: Rosa, Speranza, Battista, el conde, el maestro de dibujo, Próspero, su madre, como si no supieran mas conversacion que esa. Hasta sus enfermos le preguntaban si era probable que volviera un dia la *bella signorina*. Los chicos que jugaban en las calles, solian interrumpir sus juegos para preguntarle en dónde estaba la *Inglesina*.

Parecia tan extraño, tan poco natural, tan imposible que hubiese dejado unos lugares tan impregnados de ella, que Antonio permanecia sentado horas enteras enfrente de la posada, esperando ver asomar al balcón su vestido blanco, ó esperando oír su voz divina que cantaba alguno de los aires sicilianos que él la habia enseñado.

A veces se enfadaba consigo mismo y tomaba la resolucion de libertarse de aquel yugo continuo: para esto intentaba largas caminatas á pié en las horas del sol; pero todo era inútil: el canto del ruiseñor en el valle, el aroma del tomillo en el desfiladero de una montaña, el blanco perfil de alguna aldea lejana, el sonido de una campana, venian á despertar recuerdos de los que surgia la imágen encantada para caminar á su lado.

Por mas que hacia, por mas que empleaba en ello toda su energia de hombre, no hallaba manera alguna de sacudir el yugo. Antonio estaba herido en el corazón.

Sir John supo corresponder á los servicios del doctor de una manera á la vez delicada y grande.

El dia que siguió al de la marcha de la familia inglesa, Próspero, según las instrucciones previas que habia recibido, se presentó en casa de Antonio con una carta y el caballo de sir John.

El baron en algunas líneas sentidas suplicaba á Antonio que aceptara el caballo como un recuerdo de un hombre que le debia muchos servicios, y que no olvidara, si por casualidad iba á Inglaterra, que tenia allí á un antiguo amigo que contaba con su visita y con el permiso de hacer al doctor los honores de su país.

La carta contenia un paquetito de billetes del banco de Inglaterra que ascendian á cien libras esterlinas, pero nada se decia de estos billetes en la carta.

El doctor Antonio tomó de esta suma lo que consideraba como una remuneracion generosa de sus servicios, diez libras esterlinas, y llevó lo restante al alcalde como un donativo al pueblo de parte de sir John, para que fuera distribuido como lo entendiera el consejo municipal.

Este convocado al punto, decidió que se dieran las gracias al baron, y encargó al alcalde que redactara y enviara al generoso inglés una manifestacion en que se hiciera constar su agradecimiento, con copia del acta de la sesion. Antonio añadió á estos documentos una carta de gracias por su propia cuenta relativa al regalo del caballo.

Dos meses despues el alcalde recibió una respuesta muy lacónica. Sir John decia con toda claridad que no habiendo dejado fondos para el objeto indicado en la carta del alcalde, no podia aceptar las gracias que se le daban; pero que ambicionando merecer la buena opinion que de él se tenia, se tomaba la libertad de enviar una letra de cien libras esterlinas á beneficio de los pobres del pueblo.

Esta nota ¡cosa muy curiosa! produjo un zumbido terrible á los oídos del doctor. El consejo municipal se reunió á toda prisa y notificó á Antonio que compareciese para dar explicaciones.

El doctor se explicó con la rectitud y la sencillez que le eran características. Dijo que habia recibido de sir John Davenne una suma diez veces mas considerable de lo debido, en remuneracion de sus visitas á la hija del gentleman; que no conteniendo la carta ninguna indicacion concerniente al empleo que se debia dar á lo restante, él no habia podido interpretar la cosa sino del modo mas conforme al carácter del baron; á saber, entregándolo al consejo para que le diera el destino que juzgara mas conveniente.

No se consideró esta explicacion como satisfactoria, y se dijo que el doctor habia comprometido la dignidad del consejo.

A esto siguió una discusion larga y borrascosa sobre el partido que se debia tomar. Tres miembros pidieron un voto de censura contra Antonio, pero la mocion fué rechazada.

Otro propuso que se obligara al doctor á explicar el asunto al inglés y á darle una satisfaccion, á lo cual se negó Antonio.

Otro quiso que se devolviera el dinero á sir John; pero esta mocion no fué sostenida por nadie.

En fin, por la proposicion de un consejero mas razonable que los demás, se decidió por unanimidad que la cuestion se aplazara para dentro de seis meses, un modo de enterrarla para siempre.

Desde aquel dia se formó un partido contra Antonio; pero ni la hostilidad de este partido, ni la acusacion de impostura que le dirigia, pudieron destruir su popularidad entre los aldeanos, que á despecho de todos los esfuerzos hechos para embrollar la cuestion, no veian mas que una cosa, y era que el doctor Antonio habia abandonado á su beneficio una crecida cantidad de dinero que se habria podido meter en el bolsillo sin que nadie tuviera nada que decir.

XXI.

OCHO AÑOS DESPUES

Pedimos permiso aquí para usar de nuestra facultad de novelista y saltar un periodo de ocho años. Si el benigno lector tiene á bien considerar la cantidad de cosas mas ó menos relativas al asunto con que habiamos podido llenar este vacío, y la economia de tiempo y de paciencia que resulta de nuestro modo de ganar terreno, abrigamos la firme confianza que nos perdonará el esfuerzo de imaginacion que le imponemos y que hasta nos agradecerá nuestra discrecion.

En lo sucesivo ningun encanto seductor nos detendrá en nuestro camino. ¡Adios las frescas sombras y las risueñas colinas! ¡Adios los bonitos senderos esmaltados de flores, y los claros arroyuelos corriendo alegremente á lo largo del camino! La parte luminosa de nuestra historia está concluida; lúgubres nubes oscurecen lo que falta todavía. Apresurémonos pues á terminar lo mas pronto posible.

Estamos á mediados de marzo de 1848: la escena pasa en el mismo camino donde hace ocho años encontramos por la primera vez á Lucy y á su padre; y ahora como entonces el objeto principal que se distingue en él es un coche de viaje que se dirige de las alturas de Turbia hácia Mentone, situada á la falda de la colina y rodeada por el mar.

Un cielo encapotado, un mar de color de plomo, un horizonte gris, estrecho, limitado por tierra y por mar por un sombrío cortinaje de lluvia: tal es en este momento el triste aspecto del país que atraviesa el coche.

Los olivares de la colina y del valle se agitan y se estremecen bajo las violentas ráfagas que los barren, y pasan rápidamente del blanco al negro y del negro al blanco, segun el capricho del viento que hace aparecer ora el lado plateado, ora el lado verde-oscuro de sus hojas.

En la trasera del coche se ve un criado inglés ya de algunos años; su nacionalidad se lee clara en su cutis florido y en la curva estudiada de sus patillas encanecidas que se dirigen hácia la punta de la nariz.

Nuestro hombre se abotona hasta la barba su leviton, y con un airecillo mezclado de malicia y de buen humor mira á la inglesa derecha como un palo que va sentada junto á él, y parece decirle:

— ¿Con que este es el país de que me has contado tantas maravillas?

Seguramente la hermosa Riviera estaba aquel dia desconocida; y un admirador de la bella naturaleza lo mejor que habria podido hacer era cerrar los ojos é invocar el sueño.

Sin embargo, un viajero atento á otros fenómenos

que á los que producen las combinaciones de la forma y del color, habria podido descubrir aun á través de aquella atmósfera brumosa algo que fuera digno de su interés y de sus simpatías. Mas de una vez el coche se habia cruzado con grupos de soldados que marchaban alegremente por el agua y el lodo, cantando canciones que los ecos de las cercanías no habian oído á menudo.

El nombre antes proscrito de la Italia resonaba en esos coros.

Un aire de inusitada alegría reinaba en todos los pueblecillos esparcidos á lo largo del camino. En las calles principales habia grupos de ciudadanos de toda clase discutiendo ardientemente las cuestiones del dia á pesar del viento y de la lluvia; banderas de todas dimensiones ondeaban en los tejados ó en los balcones desplegando los colores italianos, blanco, encarnado y verde; guardias nacionales improvisados que no tenian de soldados mas que el fusil, estaban de guardia delante de las casas de ayuntamiento muy engalanadas.

No cabia duda; la libertad habia llamado á la vida á las poblaciones durante tanto tiempo aletargadas de la Riviera.

Ninguna de las señales de ese nuevo estado de cosas era perdida para la dama que ocupaba el interior del coche; todas las observaba con una ansiedad que aumentaba la animacion febril de sus mejillas y el brillo siniestro de sus ojos fatigados.

A medida que ganaban terreno los caballos lanzados á escape, parecia crecer su interés por todos los objetos, y cuando el coche pasó Ventimiglia, cuando el primero de esos promontorios que se adelantan en la mar dibujando una larga media luna azul, comenzó á destacarse entre la lluvia, la hermosa viajera sintió una conmocion tal, que llevando la mano á su corazón para tratar de reprimir la violencia de sus latidos, se inclinó sobre su asiento medio sofocada.

El lector no necesitaba conocer esta última circunstancia para adivinar quién era esta señora.

¿Qué otra que nuestra dulce heroina habria podido demostrar tanta emocion á la vista de Bordighera?

Era Lucy en efecto, Lucy profundamente cambiada, pero siempre hermosa, con sus adorables cabellos rubios que caian mas abundantes que nunca sobre una frente tan pura y tan tersa como ocho años antes. Pero ¿qué penas ó qué tormentos, graciosa hija de Albion, han tejido esa menuda red de líneas horizontales entre tus sienes y tus ojos? ¿Qué mano envidiosa ha trazado esas dos líneas profundas que forman un ángulo con cada una de las extremidades de tu boca?

Lucy habia hecho lo que hacen casi todas las jóvenes que se hallan en un caso igual: se habia casado. Cuando sir John entre burlas y veras la preguntó por primera vez quién era el que habia hallado gracia á sus ojos entre el numeroso séquito de pretendientes que se agrupaban en torno de la joven y rica beldad, Lucy sonrojándose profundamente declaró que jamás habia pensado en eso, y que su único deseo consistia en seguir viviendo como hasta entonces en compañía de su querido padre.

(Se continuará.)

Entrada de tropas piamontesas en Bolonia.

Desde la reunion de la Emilia á la liga central, Bolonia habia estado ocupada por tropas toscanas. El decreto que ha regularizado el estado político de esa provincia incorporándola segun los votos de los habitantes al reino de Cerdeña, ha hecho cesar el estado provisional de la administracion local y sustituido la autoridad real al gobierno particular que habia regido á la provincia.

Bolonia está designada como cabeza de una division militar cuyo mando se halla confiado al veterano general Cialdini. Los primeros destacamentos de esa division, todos piamonteses, llegaron el 17 á Bolonia y fueron recibidos por la poblacion con grandes trasportes de alegría y de patriotismo. Estas hermosas tropas han tomado una parte activa y brillante en la memorable campaña de 1859. El 21 entró otro regimiento piamontés, siendo recibido con iguales demostraciones por parte de los habitantes.

Las tropas toscanas de la guarnicion han comenzado ya su marcha y pasan al Piemonte. Dentro de pocos dias llegará el general Cialdini con la caballería. La mayor parte de la division se repartirá entre los diversos campos de maniobras que se van á establecer en las inmediaciones. El espíritu de las tropas es excelente y su disciplina admirable. Con tal ejército se puede estar sin cuidado en cuanto á la independencia y el reposo de Italia.

Salida de la guarnicion piamontesa de Chambery.

El 26 de marzo á la una tuvo lugar la marcha de los bersaglieri piamonteses que daban guarnicion en Chambery. La tropa reunida en la plaza, se dirigió despues al embarcadero del ferro-carril para marchar á San Juan de Mauriana. Una crecida muchedumbre habia acudido á presenciar la salida de los soldados, y segun escriben de Chambery, en los rostros de los habitantes no se leia ninguna señal de sentimiento. No se debe atribuir seguramente la causa de esa indiferencia á la valerosa tropa piamontesa; pero las circunstancias han dado un nuevo curso á las simpatías de los saboyanos que en el dia son franceses.



ENTRADA EN BOLOGNA DE LAS TROPAS PIADETESAS DE LA DIVISION CIALDINI. (17 de marzo da 1860.)



SALIDA DE CHAMBERY DE LOS BERSAGLIERI QUE FORMABAN LA GUARNICION DE ESA CIUDAD.

El general Ros de Olano.

Don Antonio Ros de Olano nació en Mariana de Caracas en 1808, siendo hijo de un coronel de infantería de un talento notable. Elevado por antigüedad al grado de teniente, sirvió en 1834 en el ejército de Aragón y después en el del Norte. Tomó parte en los combates de Abarzuza, Zúñiga, Urbizo y Carrascal. En el año siguiente se halló en los sangrientos combates de Sanz y de Elzaburn, distinguiéndose sobremedera en este último; pues habiéndole encargado Mina, de quien era edecán, que practicara un reconocimiento de los mas atrevidos, debió atravesar la línea de batalla enemiga hasta incorporarse con la division del general Oraa. Terminado el fuego al anochecer, Ros de Olano, á pesar de la opinion contraria de Oraa, creyó que debía volverse á su general, lo que hizo en efecto, teniendo que atravesar una distancia de mas de una legua, por un terreno desconocido y en medio de una guerra sin cuartel.

Después y en virtud de órdenes del general Mina, Ros de Olano debió pasar con la brigada de Ocaña á las fronteras de Francia para asuntos de gobierno. Era en lo mas fuerte de la guerra; así es, que á su regreso fué atacado con su brigada por Zumalacárregui, con quien sostuvo una lucha sangrienta saliendo vencedor.

En 1836 tomó parte en el reconocimiento torzado del puente de Villareal de Alava y en el de Salvatierra. Después agregado á la persona del general Córdoba, se distinguió en el sitio de Peñacerrada y en los combates posteriores, y contribuyó á la derrota del general carlista Gomez en la accion de Majaceite, donde con un batallon de la Princesa tomó posesion de una altura defendida por tres batallones del Pretendiente.

Cuando se organizó el ejército de reserva de Andalucía, Ros de Olano recompensado ya por sus eminentes servicios, llenó las funciones de secretario cerca del general Narvaez.

En 1837 recibió el grado de coronel.

En 1840 cuando el pronunciamiento mandaba el 8º batallon de la milicia nacional de Madrid, é hizo inú-

tiles esfuerzos para contenerla en la obediencia al gobierno. El alzamiento que tuvo lugar contra Espartero tres años después halló un ardiente partidario en Ros de Olano. Encargado interinamente de la direccion política de Murcia, el Estado reconoció sus servicios, acordán-

dole nuevos títulos y elevándole en grado. Con el ministerio Pacheco fué nombrado ministro de Instruccion y Obras públicas. Cuando cayó este gabinete fué designado para representar á la España en Portugal; pero no pudo ocupar este puesto, porque fué nombrado capitan general de las posesiones de Africa. Aquí prestó servicios importantes, deshaciendo una conspiracion próxima á estallar en el presidio de Ceuta.

Ros de Olano dió su dimision y volvió á España, donde después de haberse distinguido en varias escaramuzas contra los carlistas, fué elevado á la dignidad de senador.

Ros de Olano hizo la oposicion á los tres gabinetes que se sucedieron de 1832 á 1834, como orador en la cámara alta. El ministerio San Luis le nombró director de sanidad militar; aunque presentó su dimision, como no fué aceptada, tuvo que llenar esas funciones, aunque sin salir de las filas de la oposicion. Por fin relevado de su cargo el 10 de diciembre, preparó con O'Donnell el movimiento militar que estalló el 28 de junio de 1854. Cuando triunfó la revolucion obtuvo la gran cruz de San Fernando, y fué nombrado director de infanteria.

En las Cortes constituyentes pronunció un discurso notable sobre la sancion real, y entonces recibió en recompensa de sus servicios el título de conde de Almina.

Cuando Narvaez volvió al poder, renunció la direccion de infanteria que recobró después cuando O'Donnell volvió á la cabeza del ministerio. Sigue desempeñando estas funciones, aunque manda el tercer cuerpo del ejército expedicionario de Africa. J. DEL P.



EL GENERAL ROS DE OLANO.

Guerra de Africa.**EL COMBATE DE SAMSA.**

Hé aquí el parte detallado del combate ocurrido el día 11 de marzo sobre el camino de Tánger y alturas del pueblo de Samsa.

Ejército de Africa. — Estado mayor general. — Excelente señor: Me hallaba oyendo misa antes de ayer domingo cuando vinieron á darme parte de que en la llanura que hay en la direccion de Tanger se habia



GUERRA DE AFRICA. — COMBATE DE SAMSA, SOBRE EL CAMINO DE TETUAN Á TANGER, EL 11 DE MARZO DE 1860.

presentado una fuerza enemiga como de unos 400 á 500 caballos: concluido el acto me dirigí al campamento del primer cuerpo, y observé en los llanos y alturas que están á tiro largo del expresado campo y á distancia de legua y media, numerosos grupos que anunciaban segun sus movimientos, tener á retaguardia fuerzas mas considerables. Creí al principio que la presentación de los moros no tendría por objeto un ataque serio, que no comprendía, y si solo una demostración de las que acostumbran y á que son tan aficionados: así es que me limité á reforzar con algunos batallones del primer cuerpo las grandes guardias en nuestra izquierda y frente, al mando este del general Lassausay y aquella del coronel Izquierdo.

A cosa de la una empezaron á desprenderse de la fuerza retrasada grandes grupos, dirigiéndose unos sobre nuestro frente, otros á pasar el rio Jelú, y por último, los mas crecidos sobre nuestra derecha, en la dirección de las alturas que dominan el pueblo de Samsa y unas posiciones que se hallan entre él y nuestro campo. Entonces al mismo tiempo que mandé poner sobre las armas el resto del primer cuerpo, hice avanzar el segundo, dos escuadrones del regimiento de artillería de á caballo y la division de caballería, haciendo que el tercero se pusiese sobre las armas, aunque no fué preciso emplearlo.

Entre tanto que esto sucedía, el enemigo, que habia venido oculto por la derecha del rio hasta colocarse frente de nuestra izquierda, lo atravesó é intentó envolverla, cargando á la guerrilla de infantería que estaba en el llano; pero el escuadron cazadores de la Albuera que la sostenia salió á su encuentro en el acto, y dando una carga resuelta que secundó la infantería, obligó al enemigo á reparar el rio, sin que volviese á intentar nada importante por esta parte. En la carga desapareció el comandante del citado escuadron, que herido cayó al rio con su caballo.

En este momento llegaron los escuadrones de artillería; hice colocar uno en el centro en batería, mientras que el general García colocaba el otro en la parte de la izquierda: rompieron ambos el fuego, y fué tan vivo y certero, que limpiaron el frente, retirándose el enemigo hasta ponerse á cubierto, aprovechando los pliegues del terreno, pero manifestando marcadamente la tendencia de dirigir sus esfuerzos sobre nuestra derecha, pues especialmente de infantería aumentaba su número por aquel lado, que se prolongaba á las altas cimas de Tivel-el-Dersa, ó sea Sierra Bermeja.

En su consecuencia ordené al general Echagüe que con tres batallones del primer cuerpo que manda y una batería de montaña se dirigiese á aquella parte para sostenerla y arrojar al enemigo de las posiciones que habia ocupado antes del pueblo de Samsa, lo que efectuó, tomándolas sucesivamente á la bayoneta y acosándolo sobre los escabrosos peñascos de la sierra de Tivel el-Dersa; mas como podia retirarse en la dirección de los montes de Gualdrás, hice avanzar la brigada Paredes, del segundo cuerpo, para que se interpusiese, y ordené al general O'Donnell que con su division cubriese la izquierda, marchando por las faldas de los montes de su frente.

El movimiento se hizo con una celeridad y decision admirables: los moros, cortados en su retirada natural, y acosados por el general Echagüe, se encontraron en una situacion desesperada, teniendo que trepar para salvarse una peña escarpada que parecia imposible venciesen como lo efectuaron, pero no sin dejar antes un gran número de cadáveres, causados por el fuego y la bayoneta de nuestros soldados. Empeñado ya el combate, quise arrojar al enemigo de todas las posiciones que habia ido ocupando, ya en el llano, ya en las altas montañas por donde habia venido.

Al efecto ordené al general Orozco que con dos batallones de su division reforzase la izquierda para no tener cuidado alguno por este lado; al general Ros, comandante en jefe del cuerpo de reserva, que con cuatro batallones de su segunda division tomase la parte culminante del Tivel-el-Dersa, donde ya el general Echagüe habia hecho subir un batallon; al general conde de Reus que con cuatro batallones y dos escuadrones de coraceros atacase y tomase las posiciones del frente; al general Makenna, que estuviese dispuesto con los cuatro batallones de la primera division de reserva y la caballería mandada por el general Galiano para descender al llano donde se hallaba la caballería marroquí; y por último, previne al general García, jefe de estado mayor general, que de mi orden se habia trasladado á la derecha, que hiciese tomar las alturas de Samsa, donde el enemigo parecia querer sostenerse.

La operacion toda se ejecutó segun habia ordenado y simultáneamente. El general conde de Reus atacó y tomó las posiciones que le habia indicado, arrojando de ellas la numerosa fuerza enemiga que las sostenia; y llegando yo con dos baterías de montaña que instantáneamente hice colocar en batería, se rompió un certero fuego sobre la caballería mora, que hizo pronunciar su retirada, avivada por el movimiento en el llano de la brigada Makenna y division de caballería. El general Rios trepó á lo mas alto de la sierra, y persiguió en ella los enemigos que la ocupaban; y por último, el general Paredes con su brigada, aumentada con el primer batallon de Navarra y cuatro compañías del de cazadores de Chiclana, á cuyo frente marchó mi primer ayudante de campo el brigadier Ceballos, sostenido por la fuerza del primer cuerpo mandada por el general Lassausay, y á cuyo frente iban los generales Echagüe y García, llegó en pocos instantes á las alturas de Samsa, que el enemigo al parecer tenia empeño en

defender, y que sin embargo dejó, retirándose á los altos montes de Gualdrás, posiciones que dominándose sucesivamente, son tan fáciles para la defensa como difíciles para el ataque.

Asegurado ya el éxito en toda mi izquierda y centro, me trasladé á la derecha, adonde llegué pocos momentos despues de ser ocupadas las alturas, y en seguida ordené el ataque de todas las posiciones que ocupaban aun los moros, á pesar de lo avanzada que estaba la tarde.

El ataque se verificó por cuatro compañías de Chiclana y el primer batallon del regimiento de Navarra, mandadas por el coronel Lacy, y sostenidas á su vez por la brigada Paredes y fuerzas del primer cuerpo á las del general Echagüe.

El enemigo fué sucesiva y prontamente arrojado de todos los puntos que ocupó, á pesar de la resistencia que en cada uno trató de oponer, y al anochechar ocupé la parte mas culminante de las sierras de Gualdrás, distante mas de legua y media de Tetuan.

El enemigo experimentó en esta jornada la dispersion mas completa de cuantas ha sufrido en sus combates con este ejército; y si la noche no hubiese impedido seguir, posible es que en muchos dias no hubieran podido reunirse, pues cada uno corría por su lado, mientras que nuestros soldados, desde el pico mas alto de la cordillera, saludaban á su reina con gritos del mas puro entusiasmo, contemplando á un tiempo los dos mares.

Muy de noche y no llevando las tropas lo necesario para campar, dispuse que todas las fuerzas se replegasen á sus campamentos, lo que ordenaron los generales respectivos, y por la derecha lo encomendé al general Echagüe, que á las once de la noche entraba en el suyo con el último batallon, sin que se le hubiese disparado un solo tiro.

Nuestra pérdida en este dia ha sido de un jefe, 2 oficiales y 19 individuos de tropa muertos; 3 jefes, 14 oficiales y 174 individuos de tropa heridos; y un jefe, 7 oficiales y 124 individuos de tropa contusos segun V. E. podrá ver por el adjunto estado. La del enemigo la considero muy grande, habiendo podido juzgarla por las circunstancias del combate y por la multitud de cadáveres que en los campos quedaron, á pesar de su empeño en retirarlos. Entre estos habia algunos jefes importantes, y hoy he sabido de un modo positivo que ayer murió de resultas de una grave herida que recibió el Cerid-Er-Jac, que era el que mandaba en jefe la accion.

Una vez mas me es satisfactorio manifestar á V. E. que generales, jefes, oficiales y soldados han cumplido con su mision respectiva á mi entera satisfaccion, y que todos se han hecho acreedores á la consideracion de S. M. la reina nuestra señora.

Creo deber por último manifestar á V. E., que los oficiales prusianos, barones ruso y austriaco que siguen á este cuartel general, estuvieron constantemente en los puntos mas avanzados y de mas riesgo, cargando con nuestras guerrillas; habiendo sido herido, aunque levemente, el baron de Jena, oficial de cazadores de la guardia del rey de Prusia.

Dios guarde á V. E. muchos años. Cuartel general del campamento de Tetuan 12 de marzo de 1860. — LEOPOLDO O'DONNELL. — EXCMO. señor ministro de la Guerra.

Del estado que se cita resulta que en el primer cuerpo hubo un jefe, 2 oficiales y 13 de tropa muertos; 2 jefes, 12 oficiales y 93 de tropa heridos, y un jefe, 5 oficiales y 46 de tropa contusos.

En el segundo cuerpo hubo 6 de tropa muertos; un jefe, 2 oficiales y 78 de tropa heridos, y 2 oficiales y 77 de tropa contusos.

En el cuerpo de reserva resultaron 6 de tropa heridos. En la division de caballería un herido y un contuso de tropa, y en la guardia civil un herido de tropa.

LA VIRGEN DE LAS AZUCENAS,

LEYENDA HISTORICA DEL SIGLO XII

POR DON JOSÉ GUELL Y RENTÉ.

PROLOGO.

Despues que Taric ben Zeyad vino á España, en los años de 710, Muza ben Noseir conquistó á Tudela, fortificándola y estableciendo atalayas y comunicaciones por toda la orilla del Ebro, y con los pueblos de Cascante, Abilitas, Urzante y otros de la ribera.

Este árabe fué el primero que se denominó su rey, dejando el trono durante un viaje que hizo á Africa, á su hijo Abdelaziz, que acabó desgraciadamente.

A su muerte vino á ser amir de España y rey de Tudela Alhaur ben Abderraman, que llevó sus conquistas hasta la Galia Narbonense: fué tirano, y cayó del trono sucediéndole Alsama ben Melic el Valiente, que se cumbió peleando en los campos de Tolosa para dejar su puesto al caudillo Abderhaman ben Abdala.

La época precisa de estos acontecimientos, ni en los escritores árabes ni en los cristianos se fija de un modo exacto; pero sin duda tuvieron lugar en toda la primera mitad del año 700.

En 931 aun ocupaban á Tudela los muzlimes, siendo su rey Zimael. Este entregó á Don García Sanchez IV por su libertad, cuando lo prendió en ocasion que marchaba sobre Zaragoza, donde reinaba Abenaya, el castillo de San Esteban, que se comunicaba con los de Calahorra y de Tudela.

En 1046 tomó esta ciudad Don García Sanchez, el de Nájera, y perdida pocos años despues, en el de J. C. de 1114, la conquistó de nuevo Don Alonso Sanchez el Batallador, habiendo estado en poder de los muzlimes, con muy pequeñas interrupciones, por espacio de 400 años.

La época de la dominacion musulmica ha quedado señalada en la antigua Tudela, á pesar de la mano devastadora del tiempo, de los golpes crueles de la guerra y de las órdenes de los reyes de Castilla, los cuales mandaron destruir la inexpugnable fortaleza y sus antiguas murallas, viniendo á tierra con ellas multitud de calles que rodeaban el temido baluarte, donde tantas veces se estrellaron los mas poderosos ejércitos de la cristiandad.

Aun quedaban recuerdos de su grandeza en el siglo XII, cuando Don Sancho VIII, rey XXIII de Navarra, hijo de Don Sancho el Sabio y de la infanta de Castilla Doña Sancha, vino de Francia, donde lo cogió la muerte de su padre luchando al frente de sus compatriotas en compañía de su cuñado el rey Ricardo de Inglaterra, á ser jurado y proclamado rey por los estados reunidos en Pamplona el año de 1194.

Nacido en Tudela, donde pasaban sus padres los inviernos, este príncipe vivió allí durante su vida, y la hermoscá de tal manera, que son famosas las obras que aun duran para admiracion de nuestros tiempos.

No hay en la historia de los reyes de España quiea levante mejor figura, como hermoso, como pensador discreto, como caballero sin segundo y valiente como un leon.

Si fué político, lo acreditan los años de su reinado, reinado en que moros, judíos, cristianos y toda clase de extranjeros vivieron felices á la sombra de su corona; en él hubo justicia y tolerancia, así para las costumbres como para las opuestas religiones á que el pueblo entonces daba culto.

Muchas luchas sostuvo con los hombres discolos y ambiciosos de la iglesia de Pamplona. Injusto fué con él Celestino III, pero al fin lució la verdad para dar razon completa al enérgico Don Sancho, que mas que nadie defendió la fe de Cristo y las justas prerogativas de la Iglesia.

Su nobleza y generosidad le llevaron á Moreria. La hija del Miramamolín Abu-Jacob Juzef le pidió su mano: rey galante y caballero, allá fué á dársela.

La muerte del emperador africano trocó todas sus esperanzas. Brahen, hermano de Abu-Jacob Juzef, que gobernaba el imperio en la minoría de Mahomad, en vez de la esposa prometida, le dió trabajos infinitos, lugares y dias para batallar contra los ejércitos africanos en defensa del nuevo emperador, ganando gloria y tesoros inmensos, pero no la mano de la hermosa mora, hermana del aqir Amuminin.

Mientras esto pasaba, y el valeroso navarro esclavo de las muzlimes peleaba en su defensa, los reyes castellanos ponian sitio á las ciudades de Alava, y Vitoria que estrechada y cerca ya de perecer al filo de la espada, mandó por su embajador á don García, el obispo de Pamplona, con la mision de pedir al rey su señor permiso para entregarse al enemigo castellano. ¡Qué lealtad!...

El obispo encontró á Don Sancho encadenado por numerosos ejércitos, ganando honra para los africanos, mientras perdía, indefensas de su terrible espada, las ciudades de su reino.

Por fin, Don Sancho enfermó con los trabajos de la guerra, y abatido por las injurias y perfidias del moro, volvió á Tudela rico de tesoros, pero marchita el alma y lleno de pesadumbre el corazon.

En estos recuerdos de la historia de Don Sancho andan discordes los historiadores extranjeros, los naturales sus contemporáneos y los de nuestros dias, y sobre todo los árabes, los cuales nada dicen, sin duda por vergüenza, de la deslealtad y tratamiento que dieron á este famoso caballero en su viaje al imperio africano.

Rogerio Hobden lo cuenta bien y con motivo para saberlo, pues escribia en sus tiempos, siendo muy adicto de su hermana la reina de Inglaterra. La pérdida de Vitoria y el viaje del obispo don García, confirman completamente cuanto sobre este asunto se ha dicho.

Conde, en su Historia de los árabes, nada refiere sobre el particular, y lo que es mas, adelanta la edad de Mahomad Ledinala y los sucesos de Africa de un modo que destruye completamente los cómputos cronológicos y las citas de nuestros patrios escritores; pero sea cualquiera la oscuridad y discordancia sobre este viaje, en los dias de su vuelta reedificó Don Sancho la iglesia catedral de Santa María; cambió las aguas del Ebro que corrían al pié del monte Cantabruna, encauzándolas con dificultad gigantesca para traerlas á besar las murallas de Tudela. Fabricó el admirable puente que aun desafía el poder de los siglos, alineó sus calles; plantó inmensos bosques y olivares; reconstruyó las murallas, y fortificó el castillo donde habitualmente residia.

Puso á raya con su prudencia y valor á los reyes de Aragon y de Castilla, y cuando el Miramamolín Mahomad el Verde vino á España, principiando por la desgraciada toma de Salvatierra, ligado al castellano Don Alfonso y á Don Pedro el Aragonés, entró como un leon con sus navarros en el campo de Mahomad, y rompiendo el cadenario, decidió con su esfuerzo la batalla mas grande que se dió en España; porque el ejército muzlime era numeroso y lo mandaban jefes que acababan en Africa de ganar asombrosas guerras. ¡Honor á los campos de Tolosa!...

Sierramorena y el Guadalquivir recuerdan aun la

pelea desastrosa; el uno por la derramada sangre de cien mil guerreros; el otro por los setenta mil cautivos que pisaron encadenados sus piedras seculares.

Trozos de aquellas cadenas ofreció el rey Don Sancho á Santa María y á la colegiata de Roncesvalles; en la catedral de Pamplona con el hierro de ellas hizo canceles, curiosamente trabajados, para el altar de la Virgen que está en el claustro frente del antiguo refectorio, que ya casi destruido por el abandono, quiere ser prueba del impío olvido de los hombres de nuestro siglo.

Después vivió en su castillo gobernando sabiamente sus pueblos.

A los moros les disminuyó el tributo que pagaban, y lleno de riquezas y muy amado murió el 7 de abril de 1224, acabándose en él la sucesión varonil y directa, que casi sin ejemplo había venido heredando el trono de Navarra.

El prior Miguel, de Santa María, le administró los Sacramentos.

Muchas disputas hubo para su entierro. Su cuerpo permaneció depositado dos años en San Nicolás, y al fin, por decisión de Gregorio VIII se llevó á Roncesvalles, quedando el corazón en Tudela, sin saberse hoy si fué enterrado en San Francisco, ya destruido, ó en la colegiata de Santa María.

La nobleza de este rey, sus hechos caballerescos, su valor, su inteligencia y sobre todo la gran sabiduría y tolerancia con que trató á los moros, á los judíos y á todos los que vivían en su reino, me han impulsado á escribir esta leyenda coetánea, cuyos principales personajes existieron para apurar hasta las heces el cáliz de la amargura.

INTRODUCCION.

Las montañas tocan al cielo con sus cimas coronadas de nieve. ¿Quién si no Dios asentó esos gigantes de piedra en los términos de Navarra? ¿Quién si no él dividió los reinos? .. ¿Quién puso la corona en la cabeza de los guerreros, convirtiéndolos en señores de la tierra y dándoles el cetro para reinar y hacer justicia?...

Cantemos al Señor, que permite cuanto sucede y está sobre todas las cosas: cantemos al que hizo brotar del caos la luz que vivifica al mundo: al que dividió los mares, sembrando de eterna verdura las cumbres de los montes, y de olivos y flores las riberas amenísimas del Ebro: cantemos á Dios, antes de traer á la memoria los recuerdos de la muy valerosa tierra del noble Don Sancho VIII, el mas fuerte y caritativo de los reyes de Navarra.

Trovadores, que llevais el arpa suspendida del hombro, acariciada del onduloso rizo, del rizo embalsamado en el perfume suave del azahar de Oriente; dejad de perseguir los jabalíes de la aspereza; venid á vibrar al valle las cuerdas armoniosas.

No canteis en el solitario collar de Ibañeta, donde las aguas, llovidas en la cumbre, se reparten maravillosamente entre los dos grandes mares del mundo, para no reunirse jamás, las hazañas del eterno Carlo Magno, ni la bravura de Roldan, que con la espada rompió las rocas para dar paso á sus ejércitos; no lloreis en su altura la historia de los héroes muertos en los sangrientos combates, porque en las montañas el aire de la noche es frío, en su soledad se abruma el alma, y el gemido del trovador se pierde lastimero entre las nubes...

¿No veis ya las encinas heridas del rayo? ¿no escuchais el graznido lúgubre del cuervo?... ¿no sentís al misterioso buho, aleteando entre las sombras?... Dejad las asperezas de los montes, porque las encinas heridas del rayo, los cuervos, los buhos y la luz amarilla de las estrellas, presagian las horas fatales de la vida del hombre.

La noche se oscurece cada vez mas; el perro salvaje turba el silencio con su aullido fatídico; trovadores, huid de las tumbas de vuestros padres, de vuestras madres, de vuestras esposas, de vuestros hijos y de vuestros amigos; porque el gemido martiriza sus espíritus...

No turbeis su eterno sueño: cada armonía del arpa es un golpe de espada que descargais sobre sus blancas osamentas... Descended de las montañas; dejad de llorar al pie de los sauces desgajados por el soplo frío del nebuloso invierno...

No recordeis vuestro dolor inconsolable á la virgen que duerme el sueño de los inmortales, coronada de adelfas y de mirtos... Las noches de mayo no son para la tristeza... Dios hace brotar las flores para sonreír al mundo con la dulce primavera... Enjugad las lágrimas y venid á cantar las historias antiguas y vuestros tiernos amores en la mesa de los reyes; de los reyes que ya se acercan á la llanura, atravesando, llenos de majestad, el límite defendido de sus fértiles regiones.

Los trovadores bajan de los montes; la flor de oro adorna sus bonetillos morados y azules; el aire juega con la ligera pluma que corona sus cabezas. De sus cuellos varoniles traen pendientes los unos las águilas de Navarra, los otros las torres de Castilla y los de Aragon sus barras.

¿Qué taciturnos caminan los navarros! ¿qué melancólicos los de Castilla! ¿qué fieros los de Aragon! Todos se acercan á la mesa dispuesta para los reyes. Sus ropas de armiño y terciopelo dan envidia á las flores; viste la membruda pierna, muy ajustada, la púrpura de Tiro ó la tela de lana de Chipre, y calza el pie ligero el borceguí de cuero con botoncillos de oro.

La aurora había acabado de desplegar sus plumas de nieve; el sol, derramando torrentes de luz, se levantaba del dormido horizonte; cuando llegaron al término

de los tres reinos, Castilla, Navarra y Aragon, tenían clavados sus estandartes en la llanura: los guerreros estaban esparcidos formando grupos inmensos, desde las cumbres del Moncayo hasta los ennegrecidos torreones de Agreda, y desde el castillo inexpugnable de Tudela hasta los espesos bosques de Turungen, Tarazona, Grábalos y Cervera.

Cada reino rodeaba sus estandartes. Los de Aragon venían custodiados por gentes de Zaragoza y Tarazona. Las banderas moradas de Castilla, por apuestos caballeros de Valladolid, Medina, Rioseco y Tordesillas: las águilas de Navarra, por pamploneses, olitanos, tatalleses y tudelanos, con el pecho y las cabezas desnudas.

Cada legion acampaba en el límite de su reino.

Llegaba el sol á partir el meridiano, cuando los atambores anunciaron la entrada en el valle de los señores de Navarra, Castilla y Aragon. ¿Qué cortejo tan opulento los acompañaba!... ¡qué pomposa púrpura vestían los venerables obispos! ¡con qué esplendor llevaban los membrudos soldados las aceradas cotas! ¡cómo despedían rayos de luz las cortantes espadas! ¡con cuánta variedad flotaban al aire las plumas de los penachos! ¡qué piafar de caballos! ¡qué crujir de armaduras! ¡qué gallardía de príncipes, obispos, caballeros, infanzones y capitanes!...

En todas aquellas cohortes, ¡qué aire tan varonil y victorioso!... y entre las espesas filas de guerreros, ¡con qué hermosura flotaban al aire las bordadas banderas, los regios estandartes, y qué sublime y majestuosamente por todas partes levantaba sus brazos misericordiosos la Cruz divina del Redentor del mundo!

La vocería llegaba al cielo, y en re el armonioso son de los instrumentos bélicos, los tres reyes llegaron al confin de sus tierras. Allí los aguardaba la mesa preparada para el festín.

Bajó de su caballo el austero aragonés Don Alonso II; con frialdad y buena cortesía le dió la mano el valiente Don Sancho VIII de Navarra, que le aguardaba ya sobre la alfombrada tierra. Llegó luego el astuto Don Alfonso VIII; el castellano venía abatido, hablaba sin fijar los ojos, sus modales revelaban á pesar suyo la desconfianza que escondía en el alma.

Los tres reyes se abrazaron con el aparente cariño y lealtad de caudillos rivales, y con la sonrisa que la razón de estado tiene reservada en el rincón del alma para disfrazar á tiempo la fisonomía de los poderosos, en cuya suavidad se esconde el odio, la ambición, el miedo y todo lo que se anida avergonzado en el espíritu de los hombres de mala fe.

Los obispos de los tres reinos se saludaron también, con mas cordialidad, porque la religion endulza el alma de los hombres; pero se saludaron como hombres que deseaban ensanchar la esfera de su jurisdicción, en lucha siempre, á pesar de la santa fe y del buen fin que los animaba.

En aquellos dias, Abu-Jacob-Juzef, el Miramamolín, soberbio y poderoso emperador de Africa, queria arrancar de las almenas de Castilla el pendon de la Cruz, que con su tierra defendía valerosamente el astuto y bravo Don Alfonso VIII.

El santo padre Celestino ayudaba al rey en sus desgracias con buenos consejos y su grande influencia. Era necesario, para bien defender á Don Alfonso, hacer su causa la del cristianismo, pudiendo así solo reunir á los príncipes de las monarquías de Leon, Castilla, Aragon y Navarra, siempre en desacuerdo.

Los ejércitos africanos eran numerosos y venían llenos de furor, á lo que ellos llamaban santa guerra. «Ha llegado el momento de aplacar odios y de olvidar discordias para atender á la comun defensa,» decían el Padre Santo y el rey Don Alfonso VIII.

Pero á pesar de estos pretextos y de estar reunidos ya en la inmensa extension de Agreda los reyes y los señores, los capitanes y las gentes de armas no departían, ni con amistad, ni con buena ley.

Los navarros fijaban los ojos llenos de encono en las huestes castellanas, encubriendo su sed de venganza. Los de Valladolid y Tordesillas apenas podían disimular su embarazo, pues aun humeaban las tierras de Don Sancho taladas por sus insaciables manos.

La mesa estaba puesta en el confin de las tres naciones, vestida de tapices de Persia y adornada de vasos y jarros de oro y de plata. La cubrían ricas viandas, exquisitas aves, sazonadas frutas y vinos deliciosos. Tenía tres frentes; en cada uno de ellos, sobre alkatifas de damasco y pieles numidas de tigres, estaba colocado el asiento de los reyes. Jamás sirvieron las fronteras de tres naciones de pavimento á mesa mas espléndida ni á banquete de reyes mas valerosos.

Don Alonso de Aragon se sentó el primero; luego el de Castilla, y el último Don Sancho, observando la elevada cima de Moncayo coronada de nubes y de nieve. A las espaldas de los reyes estaban sus trovadores; y un poco mas distantes los obispos, los grandes señores, capitanes y algunas damas muy hermosas que de las ciudades vecinas habían venido á presenciar la augusta ceremonia.

Todo era silencio y cortesía. La voz de alerta, apagada por la distancia, llegaba desde la defendida cumbre, y la llanura repetía á cada instante «alerta.» Acababa de retumbar el eco, cuando el rey de Castilla, meditabundo y nublado el semblante, levantó el cetro.

«Reyes hermanos, dijo conmovido, y con la doblez de su refinada astucia: Dios está sobre la voluntad de los hombres: él dispone de la suerte de los imperios. En nuestra mano está el cetro sin deshacerse como la nieve, porque su voluntad lo fortifica: él me inspira á buscar apoyo en vuestros corazones.»

«El fiero hijo del Miramamolín, que ya sabeis cayó no hace mucho tiempo como un rayo sobre mis tranquilos pueblos, hoy me amenaza de nuevo; reúne sus guerreros, se prepara á incendiar mis campiñas y á destruir mis ciudades; se ha apoderado de Toledo y jura por Alá hacer pedazos mi corona.»

«Reyes de Navarra y de Aragon, hermanos que nacimos en una misma patria, si mis guerreros derramaron la sangre de vuestros vasallos talando vuestros reinos, echad un velo á esos recuerdos y dadle hoy alivio á mi desgracia, aceptando la mano de amigo que os ofrezco para levantar el estandarte de la fe, saliendo á pelear unidos contra el moro que nos amenaza.»

(Se continuará.)

El domingo de Ramos en Rippoldsau

Y LAS BODAS EN EL KIRCHZARTER-THAL.

Pocos viajeros han penetrado en el interior del curioso pais conocido con el nombre de la Selva Negra. Por lo general se limitan á visitar los valles de esa comarca que desembocan en la llanura por todo el territorio de Baden. Todo eso es muy hermoso, pero no se encuentran allí los rasgos que mas caracterizan á esas poblaciones. Esos primeros valles son como lazos de union entre el llano y las alturas, y las relaciones con los grandes centros han hecho desaparecer las costumbres originales. Pero penetrando mas en el pais, pasando los primeros contrafuertes de esa inmensa cordillera de montañas, se encuentran tipos y costumbres que sorprenden, porque es imposible imaginarlos. ¿Qué pocos conocen Gutach, Rheinerzau, Alpirsbach, Schiltach, Schoenwald, Woerenbach, el Simonswald, el Frechtal ó el Hauenstein! Cito al acaso; hay valles que ofrecen ocho cambios radicales de costumbres ó de religion, en un espacio de veinte y cinco kilómetros.

No tengo intencion de conducir al lector á todas esas comarcas tan nuevas y tan interesantes; le llevaré desde luego á Rippoldsau para mostrarle la *ceremonia del domingo de Ramos*, y al Kirchzarter-thal, cerca de Friburgo, en Brisgau, para que vea el *incidente de la cadena*, que en ese valle precede á la ceremonia del casamiento.

El que durante la semana santa y las semanas siguientes recorre el magnífico valle que se extiende de Rippoldsau á Friburgo, descubre al lado de cada casa cruces encarnadas de ocho á diez piés de altas. Estas cruces son los ramos del pais, y su confeccion es sumamente original. Rodean un palo del largo indicado de un ramo de acebo que llaman en el pais *stech-palm* (ramo picante), y en él se ponen una porcion de ornatos encarnados representando cruces de variadas formas, corazones arabescos, y las dos iniciales A. M. que significan *Ave, Maria*. Estos adornos se hacen con granos de acebo que tienen en esa época un vivo matiz encarnado. El ramillete de hojas de acebo está atado con cintas de distintos colores.

Los niños hacen estos ramos, y la fiesta del domingo de Ramos es una fiesta de niños.

Los aldeanos de la Selva Negra saben cuánto amaba Jesús á los niños; y por eso encargan á esos inocentes intérpretes que pidan para ellos y su patrimonio la bendición del cielo. ¡Qué bonito giro dan á su plegaria!... ¡Qué forma tan pura y tan justa adoptan para pedir el apoyo de Dios para su familia!

Los niños ocupados durante ocho dias en la fabricacion de los ramos, luchan en invencion y en arte para elaborar la mas hermosa palma. Es muy de notar esa variedad de composicion y de ornato, que á menudo pone en evidencia un verdadero talento artístico.

Los niños y las niñas del mismo caserío se esconden en un cuarto apartado y pasan horas enteras haciendo, deshaciendo y volviendo á hacer el ramo que bendecirá el sacerdote, y que plantado cerca de la chimenea paterna, dará á los vecinos y á cuantos le miren una alta idea de su buen gusto.

El gran concurso tiene lugar el domingo, dia en que se reúne el pintoresco cortejo que se ve en nuestra lámina para marchar á la iglesia.

¡Qué orgullosos están con sus invenciones y sus caprichos de ornato cuando se adelantan con el trofeo de su arte como si llevaran el águila de los Césares! Después de la misa se colocan fuera de la iglesia, y el sacerdote les bendice á todos á un tiempo. Luego cada cual se reúne con su familia para volver á casa. Llegados cerca de la mansion paterna, el decano de la familia los lleva al campo donde se debe plantar el ramo. Todos se descubren y rezan en comun una oracion pidiendo la bendición del cielo para su patrimonio. Los niños plantan el ramo, y en seguida van á la mesa, pues las ceremonias del domingo de Ramos ocupan la mañana hasta las doce, hora de la comida.

En las costumbres de los campesinos todo oculta mas ó menos directamente un profundo pensamiento filosófico. De ese modo esa cadena tendida por los mozos de Kirchzarter-thal sobre el camino de la novia á la salida de la casa materna, ¿no es una imagen viva de los obstáculos sin fin de que estará tejida la existencia de esposa y de madre de la pobre jóven?

Hé aquí lo que sucede. — Cuando la comitiva sale de casa de la novia, se ve detenida por una cadena tendida á través del camino, y guardada por jóvenes armados con fusiles y sables cuyo jefe ordena á los de la boda que se paren. El padrino de la novia sale del grupo, se adelanta hácia el provocador y le pregunta en un discurso preparado de antemano qué es lo que significa aquel obstáculo imprevisto y amenazador opuesto á

unas personas que van tranquilamente á celebrar un matrimonio á la iglesia.

A esta pregunta los jóvenes responden :

— No vayais á creer que nos da gusto dejar escapar una muchacha tan bonita. Sin embargo, si el novio quiere entrar en arreglos, os dejaremos pasar, pero pedimos un buen precio.

Y luego en versos muy sencillos exponen las condiciones siguientes :

— El novio sabe que su futura es la mas linda de toda la comarca. Por eso para obtenerla es preciso que pague un carro del buen vino que se da en Colonia cerca del Rhin. Tampoco debe faltar asado de puerco ni pan blanco. Queremos además un buey gordo y setenta y siete carneros ó terneras; ó si lo prefiere, aceptaremos en su lugar cien thalers de plata. Si le pareciere el precio de la novia muy elevado, que se deje llevar en barco á la otra parte del Rhin, ó bien á Silesia, Bohemia ó Sajonia; en fin á los países donde las jóvenes crecen á la punta de las ramas de las zarzas. En esos países

docena y media de ellas no vale mas que una sogá. Aquí por el contrario están muy caras; la última vale treinta medidas de vino, y la mejor vale cien thalers.

Estas condiciones fabulosas no son en el fondo mas que la expresion de esta idea, á saber : que una joven bonita, virtuosa y rica, es una *res nullius* que pertenece á todos, y que aquel que toma para sí solo un tesoro semejante, disminuye la hacienda en perspectiva de los otros jóvenes, que cada uno por su cuenta podia prometerse alcanzar la mano de la joven.

Bajo el punto de vista histórico, este trato simulado es un recuerdo del precio que se daba entre los germanos por la novia.

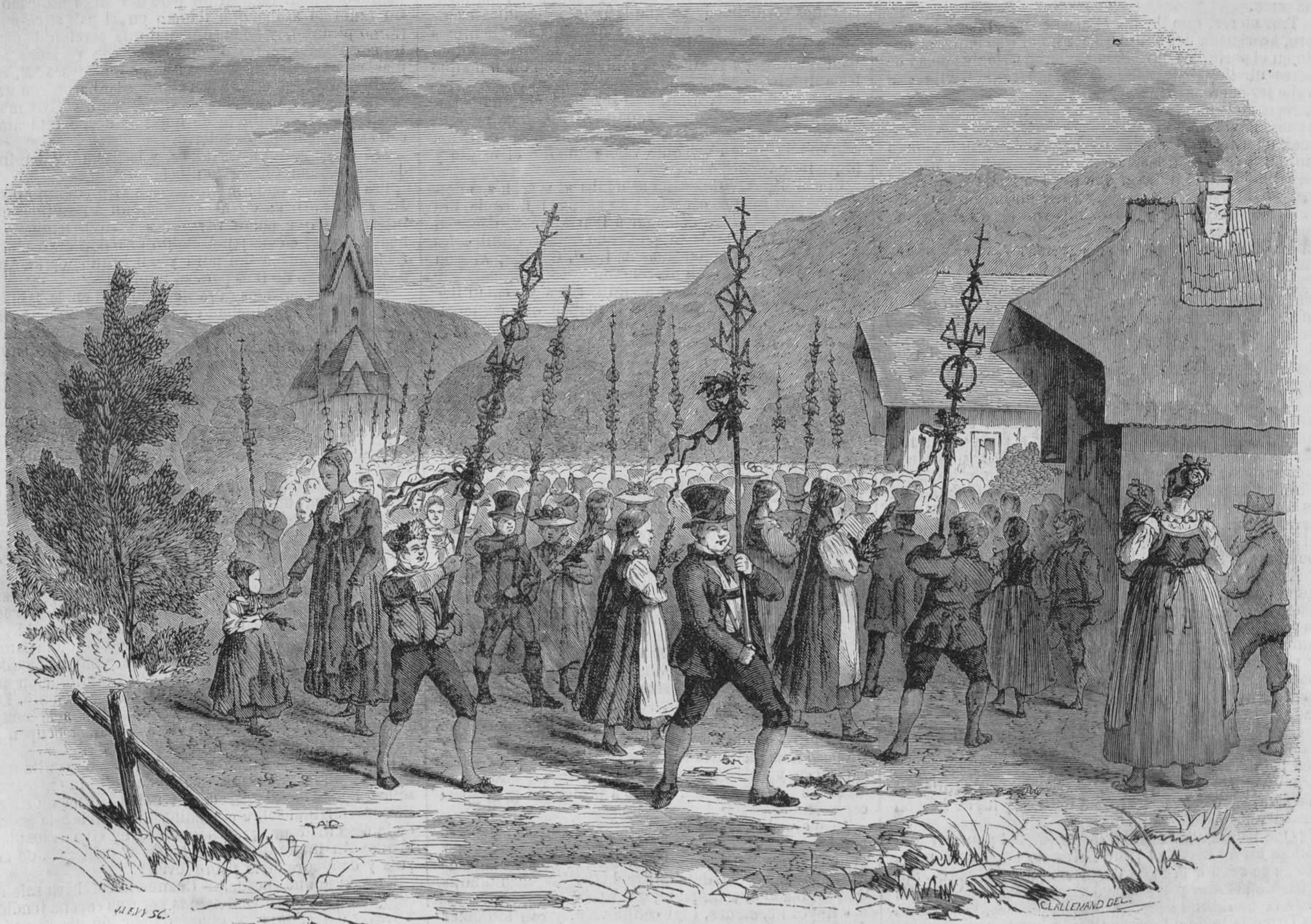
En suma, el obstáculo de la cadena es una broma que los jóvenes terminan contentándose con un convite á la boda.

En cuanto al matrimonio y las particularidades que acompañan á su celebracion, casi se necesitaria un libro para describirlos completamente.

C. L.



UN MATRIMONIO EN EL KIRCHZARTER-THAL.



EL DOMINGO DE RAMOS EN RIPPOLDSAU.